

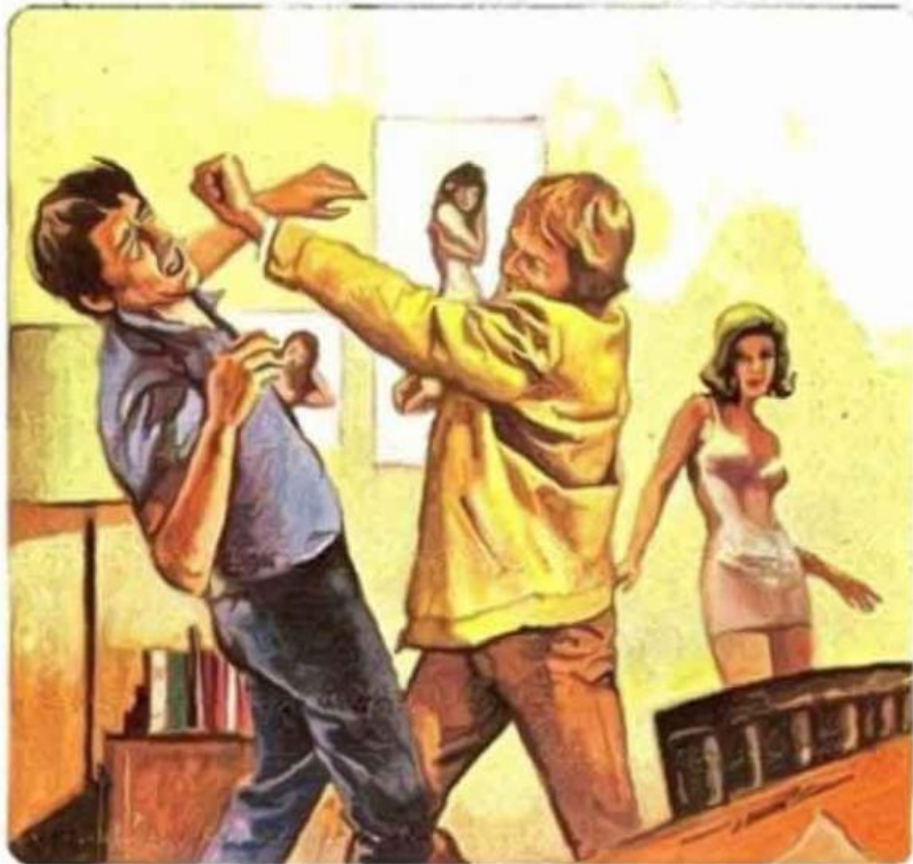
BOLSIUBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE
LA HUELLA

Lou CARRIGAN

UN CUBO LLENO DE BASURA





eb

LOU CARRIGAN

**UN CUBO
LLENO DE BASURA**

Colección LA HUELLA n.º 16
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 47.117 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: enero, 1975

© Texto: Lou Carrigan - 1975

© Cubierta: Jorge Nuñez - 1975

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

La gran reja de hierro se cerró a espaldas de Warren Holding, con un seco chasquido que lo hizo estremecer. Caminó tres o cuatro pasos, y se detuvo; se quedó completamente inmóvil, mirando ante él.

Lo que veía no tenía ninguna importancia: a derecha e izquierda, la carretera y, delante mismo, la pequeña plaza con césped, flores y algunos árboles, delimitada por el círculo que describía la carretera delante de la prisión para facilitar las maniobras de los automóviles.

Eso era todo..., en apariencia.

Sólo en apariencia, porque aquello, para Warren Holding, significaba mucho más. Significaba, ni más ni menos, que la libertad. Hacía un hermoso día de julio, lleno de sol, que brillaba cegador en un cielo completamente despejado, de un color azul muy claro. Color de cielo de verano. Color de cielo de libertad.

Por supuesto, era el mismo cielo con el mismo color que, hasta el día antes, había estado contemplando a través de las rejas o por encima del muro de la prisión. Exactamente el mismo, sin la menor duda, pero... no lo parecía.

Warren suspiró profundamente, y se miró las manos, blancas. Muy fuertes, pero tan blancas..., tan blancas como su rostro de presidiario. También tenía algo más, completamente en blanco: un año de su vida. Todo un año de su vida había quedado completamente en blanco. Así lo había decidido Warren Holding: no recordar jamás aquel año, como si no lo hubiese vivido. Tras mucho reflexionar, había decidido que, a los treinta y dos años, podía permitirse ese lujo: olvidar todo un año de su vida.

Emprendió la marcha por la carretera que le llevaría a Seattle, la

capital del estado de Washington, allá donde tanto tiempo había vivido, donde tantos y tan buenos amigos había tenido. ¿Los seguiría teniendo ahora, a su regreso?

—En realidad —se dijo—, debería ir a cualquier otro lugar, puesto que quiero olvidar.

Pero cuando pensaba eso, Warren Holding notaba como un brutal pellizco en el estómago y una oleada de sangre que parecía llegar hirviendo a su cuello y cabeza. No le iba a ser fácil olvidar aquel odio que se había ido incubando, acumulando durante aquel año que quería olvidar.

Era una carretera amplia y despejada, y caminando por ella, Warren tenía la impresión de que podía echarse a volar de un momento a otro. Hasta un año antes, se había estado preguntando cómo era posible que hubiesen individuos tan cretinos que atentasen contra la ley. Ahora, después de haber estado un año allí dentro, se le ocurría que hacía falta estar loco para correr el riesgo de que lo encerrasen de nuevo. Por el cielo: ¡hacía falta estar rematadamente loco para hacer algo por lo que se le pudiese encarcelar! ¿Estaban locos los tipos que vivían al margen de la ley, siempre con aquel riesgo de ser encarcelados?

Había sido horrible. Sobre todo, al principio, cuando algunos de los reclusos que le conocían se burlaban de él. Le conocían muy bien, porque él, el teniente Warren Holding, del Departamento de Policía de Seattle, los había metido allí dentro. Pese a que ya había transcurrido aquel maldito año, Warren oía todavía aquellas voces, como si hubiesen adquirido un eco eterno:

«—Oye, Spike: ¿no es éste el tío mierda del teniente Holding?

»—¡Anda, pues sí!... ¿O no? No sé, chico... A mí me parece que el tío mierda del teniente era más guapo, ¿no?

»—A lo mejor lo han traído aquí como premio a su trabajo de perro policía... Porque si no recuerdo mal, el teniente Holding era todo un perro, ¿verdad, Spike?

»—Hombre, claro: como todos los hijos de perra... Normal.

»—Entonces, ¿crees que el padre del teniente Holding era también un perro?

»—Vete tú a saber quién o qué era el padre del teniente Holding. A lo mejor, ni siquiera su madre lo sabía».

Más que pálido, Warren tenía el rostro, lívido mientras,

caminando por la carretera, iba recordando aquella *bienvenida* del primer día. Luego, los sarcasmos se habían ido sucediendo, algunos de ellos terriblemente brutales...

Pero no.

Él no había caído en la trampa: jamás, ni una sola vez, había tan siquiera despegado los labios aunque sólo fuese para pedir que le dejaran en paz. Desde el primer momento, los guardianes comprendieron que si se producía algún altercado, no sería por culpa de tan singular preso.

Warren Holding era alto y delgado, pero de hombros anchos, y fuerte como el acero. Con una sola mano podía haber estrujado a la mayoría de aquellos hombres que lo sumergían en el veneno de su rencor, con palabras y hechos. Allí dentro, en aquella jungla, en aquel coto de fieras, se podían llevar a cabo pequeñas venganzas personales, y por supuesto, siempre había ocasión para una buena pelea, sin que los guardianes se diesen cuenta.

Pero a cada insulto, a cada chorro de veneno, el rostro anguloso de Warren Holding había permanecido inalterable, impávido, mientras sus ojos oscuros parecían mirar para adentro, no para afuera, hacia sus antagonistas: Ni siquiera había reaccionado cuando en una ocasión tres de sus antiguos clientes le habían acorralado en una esquina del patio de la prisión, y le habían dado una de esas expertas palizas que no dejan huella alguna de golpes en el cuerpo.

No.

No caería en la trampa, no le seguiría el juego a nadie que hubiese dispuesto complicarle la vida allí dentro para que, en lugar de un año, fuesen dos, o tres, o diez, los que permaneciese entre rejas...

¡Moc-moc-moooooccccc!

Tras los toques de claxon, el coche se detuvo junto a Warren, que volvió la cabeza con indiferencia.

—¿Te llevamos, guapo?

Se quedó mirando a una y otra muchacha. Las dos iban en el asiento delantero del descapotable, y la que conducía le hacía ahora señas para que subiese al coche, mientras la otra reía y le hacía muecas provocativas con la boca y los ojos. ¿Cuántos años debían tener? ¿Dieciocho? ¿Quizá veinte? No, veinte, no: eran

demasiados...

—¡Vamos, hombre, sube!... ¿Quieres que vayamos a nadar?

—¿O prefieres hacer cualquier otra cosa?

Se echaron a reír, las dos. La del volante iba en bikini. Su compañera llevaba lo que podía definirse como una blusita, pero tan escotada...

—¿Eres mudo, guapo mozo?

—No, tonta; lo que pasa es qué es muy tímido. ¿Verdad, angelote?

Volvieron a reír. Warren Holding movió la cabeza, con tan clarísimo gesto de pena, de tristeza, de conmiseración, que las dos muchachas dejaron de reír en el acto.

El ex teniente de policía siguió su camino y, durante unos segundos, las dos muchachas no supieron qué hacer, cómo reaccionar. Ciertamente, acababan de llevarse el chasco de sus vidas. Alcanzaron de nuevo a Warren con el coche, y la de la blusita le gritó:

—¡Te vamos a enviar a uno de nuestros amigos, tío inverso!

Y el coche salió disparado, dejando flotando en el aire las risas falsas, crispadas, de las muchachas. Warren ni siquiera miró el coche, pero pensaba en las dos muchachas, en lo triste que era aquello... No. En realidad, no pensaba en aquellas dos muchachas, sino en una muchacha.

Un año antes, cuando le habían sentenciado, él le había dicho:

—Hazte cuenta que me he muerto, Zina.

—Pero Warren.

—No quiero verte por allí. No admitiré visitas, ni cartas... Ni siquiera cigarrillos. Piensa que he muerto, y ya está.

Zina se había quedado mirándolo fijamente. Ya no dijo nada más. A él se lo llevaron, lo sacaron de la sala donde se había celebrado el juicio. Y, en efecto, durante todo aquel año, no la había vuelto a ver, ni había recibido carta alguna, ni siquiera cigarrillos... Como si se hubiese muerto. Pero, de todos modos, no se sentía demasiado amargado, pese a que, en el fondo, había tenido la esperanza de que Zina le iría a ver. Y no. No había ido... Warren Holding había muerto: ¡viva el nuevo Warren Holding en la vida de la bonita y dulce Zina! ¿Qué clase de tipo habría encontrado? Zina era tan bonita que los hombres...

—¡So marica! —Oyó por entre el bramido del coche, que ahora pasó en dirección opuesta.

Warren volvió la cabeza, frunció el ceño, y siguió su camino. Había aprendido a no dejarse molestar por el zumbido de los abejorros.

Y lo único que le interesaba ahora era llegar a su apartamento. Pero sin prisas. Era tan agradable caminar bajo el sol...

CAPÍTULO II

El portero del edificio donde tenía su apartamento se había quedado confuso al verlo. Luego, el pobre hombre quedó muy cohibido. ¿Qué se le podía decir a un hombre que había sido teniente de la policía... y que regresa de cumplir un año de prisión?

Warren le resolvió el problema saludándole como si tal cosa, mientras se dirigía a su buzón para correspondencia. Lo abrió, sacó un montón de sobres y se dirigió al ascensor, echando un vistazo a todo aquello. No tenía a nadie que le escribiese, así que en su mayor parte era propaganda..., y siete números de la revista especializada en asuntos policíacos *Special Police*. Gracioso. Muy gracioso, en verdad. ¡Claro!, el hecho de que sólo hubiese siete números era debido a que con aquel séptimo envío había caducado su suscripción, y no le habían enviado más. Pero encontró dos cartas de la revista. No las abrió, porque sabía lo que decían: le instaban a que renovase su suscripción.

Sí. Muy gracioso.

El ascensor se detuvo en el quinto piso. Warren salió, y fue hacia la puerta de su apartamento, señalada con el número 507. Se detuvo ante ella, sacó las llaves que durante un año habían estado requisadas en la prisión y separó la del apartamento. La introdujo en la cerradura, dio las dos vueltas... y se quedó inmóvil. ¿Cómo puede estar un apartamento, deshabitado durante un año? Ciertamente, había estado pagando el alquiler desde la cárcel, pero no había pensado en que nadie fuese allá a limpiarlo, aunque sólo fuese una vez al mes.

Cerró los ojos, empujó la puerta y entró. Cerró, sin abrir los ojos. Cuando lo hiciese, vería algo parecido... a una tumba llena de polvo. Una fina capa de polvo de todo un año.

Suspiró, abrió los ojos... y los abrió todavía más, debido al asombro.

¿Se había equivocado de apartamento? No. No, no... Allá, en el *living*, que se veía casi en toda su extensión desde el recibidor, estaba uno de los cuadros que él había pintado aprovechando sus escasos días festivos. Y los libros, y veía en las repisas de la librería sus trofeos deportivos.

No había una sola mota de polvo, no olía a cerrado, no estaba todo oscuro, triste, sórdido, como había imaginado... Entró, y se quedó mirando la ventana, cuya persiana estaba graduada de modo que entraba la luz del sol muy suavizada, a delgadas franjas que parecían de oro, proporcionando una iluminación íntima, grata.

Fue al dormitorio, y lo encontró todo limpio, impecable, ordenado. La cama estaba hecha. Abrió el armario, y se quedó mirando sus trajes, camisas, ropa interior... Perfecto. Los zapatos, abajo, estaban limpios, ordenados sobre los listones.

Fue a la cocina, que estaba igualmente limpia y ordenada. Abrió el frigorífico, y vio las botellas de leche, las latas de cerveza. Había dos botellas de champaña y una de vino. Latas de conservas, fruta... Cerró el frigorífico, salió de la cocina y fue al cuarto de baño.

Impecable.

Se quedó mirando la bañera. ¡Bien, esto sí era algo que valía la pena!... Fue al dormitorio, se desnudó, mientras la bañera se iba llenando de agua caliente, y regresó, con un cigarrillo en los labios... Se metió en la bañera, y se quedó allí inmóvil, notando el agua caliente golpeando en su cuerpo, saliendo con fuerza por la amplia espita. La cerró cuando tuvo la medida de agua conveniente, dejó el cigarrillo en el borde, y comenzó a enjabonarse, sin prisas. Por el momento, no tenía nada mejor que, hacer.

Y así estaba, enjabonándose, cuando oyó el golpe de la puerta al cerrarse. Luego, los pasos que repiquetearon en el *living*.

Y en seguida, la voz, que lo estremeció:

—¿Warren? ¿Dónde estás?

Su propia voz le sonó extraña:

—En el baño.

Zina apareció en la puerta. Llegaba cargada con una gran bolsa de papel, de la que sobresalía un grueso salchichón. Lo miró sonriente y dijo:

—Me he retrasado un poco porque ha habido un pequeño jaleo en el supermercado... ¿Qué dirás que ha sucedido?

—No sé —murmuró Warren.

—Ha sido gracioso y patético a la vez: han sorprendido a una anciana robando un par de botes de carne para animales. Bueno, de esos preparados para perros y gatos, ¿sabes? La pobre mujer se ha echado a llorar, y seguramente no habría pasado nada si la hubiese sorprendido el dueño, pero ha sido uno de sus jóvenes empleaditos, y el muchacho se ha vuelto loco de alegría por lo listo que había sido al descubrir un hurto.

—Sí... Hay quien quiere ser más honrado que la honradez. ¿Cómo ha terminado todo?

—La anciana se ha marchado con sus botes de comida para sus gatos.

—¿Así, por las buenas?

—El dueño es un hombre comprensivo. Entre los que estábamos comprando, hemos pagado media docena de botes de comida, y él ha puesto otros seis... Al único que no ha parecido complacerle la solución ha sido al muchacho... ¿Tardará mucho?

—No creo.

—Entonces, voy a preparar el almuerzo ahora mismo. —Zina se acercó, se inclinó, y lo besó en los labios, suavemente—. ¿No te parece un poco caprichoso bañarse con agua caliente en un mediodía de julio?

—Sí —admitió Warren—. Pero me apeteció.

Se quedaron mirándose. Zina estaba sencillamente preciosa, como siempre. Warren recordaba el vestido de ella: era el mismo con el que había asistido a la última fase del juicio, un año atrás. De color azul, como sus ojos grandes y diáfanos, uno de ellos parcialmente oculto por el amplio mechón de cabellos de color... Sí, de color trigo maduro. La sonrosada boca de Zina se estiró, de pronto, en una sonrisa que pareció llevar todo un cañonazo al pecho de Warren Holding.

—Seguramente, eres el único hombre del mundo que conserva su encanto masculino, metido en la bañera y con la cabeza llena de jabón.

—Tú también eres muy bonita —musitó Warren.

—No veo por qué tendría que ser fea hoy, si ayer era bonita —

rió Zina—. ¡Vamos, termina, señor caprichoso!

—Sí... En seguida.

Zina salió del cuarto de baño, con aquel caminar de señorita que ha aprendido a hacerlo llevando libros en la cabeza; como si en realidad se deslizase, casi flotase.

Su cuerpo era esbelto, pero con unas indiscutibles formas perfectamente definidas. Posiblemente, tenía las piernas más bonitas que Warren había visto en su vida.

—¿Prefieres cerveza, o vino? —Le llegó su voz.

—Lo que tú elijas estará bien —contestó, con voz tensa.

Quitó el tapón de la bañera, y estuvo inmóvil hasta que no quedó agua. Luego, se duchó, tomó una toalla, se secó lentamente, y se quedó mirando su albornoz de color crema. Todo estaba en orden, perfecto, igual que siempre.

Se puso el albornoz, y salió del cuarto de baño, después de peinarse. Fue a la cocina, y se quedó mirando a Zina, apoyándose con un hombro en el marco de la puerta. Ella se volvió, con el ceño fruncido.

—Supongo —dijo— que cuando nos casemos compraremos una casa, Warren. O al menos nos mudaremos a un apartamento más grande.

—Me pregunto con qué podría yo comprar una casa.

Zina se quedó mirándolo estupefacta.

—¿Con qué? Pues supongo que con lo que la paga todo el mundo: con el dinero que gana, trabajando.

—¿Se supone que tengo trabajo?

Ella le miró de arriba a abajo.

—No irás a decirme que un hombre como tú, alto, guapo, joven e inteligente no quiere trabajar.

—¿De qué?

—¡Santo cielo! ¡Eso has de decidirlo tú! ¡Oh, a propósito! Ronald me dijo qué fueses a verle, a ser posible; esta misma tarde.

—¿Ronald?

—Pero Warren..., ¿qué te pasa? Estoy hablando de Ronald Tammler, tu viejo amigo Ron.

Warren quedó pensativo, sombrío, antes de murmurar:

—Ron tiene sus propios problemas, Zina.

—¿Problemas? Supongo que te refieres a los problemas propios

de su trabajo, pero eso es normal en un detective privado, y aunque Ron sea un viejo zorro que ha sabido montar y dirigir una estupenda agencia de investigación, no tiene por qué ser un privilegiado carente de problemas. ¿Quieres una cerveza?

Le tendió una lata. Warren se acercó, la tomó y se quedó con la mano tendida, mirando a Zina, cuya naturalidad era casi perfecta. Había pasado un año, y ella llegaba allí como si hubiese pasado un día. Se había ocupado del apartamento, de todas sus cosas, de comprar víveres... De todo. Durante un año entero había estado esperando. Obedientemente, sin ir a visitarlo, sin escribirle, sin enviarle cigarrillos. La pregunta que se estaba haciendo Warren Holding era, en verdad, interesante. ¿Realmente había pasado un año?

—Zina —pidió ayuda, para solucionar la incógnita—. ¿Ha pasado un año?

—¿Qué año? —Se asomó ella.

Warren vio el temblor de sus labios, sin embargo. Dejó la lata de cerveza y abrió los brazos.

Cuando Zina se echó en ellos, sin poder contener un sollozo, la respuesta quedó patente. ¡Sí, había pasado un año!

Pero no importaba en absoluto.

CAPÍTULO III

Ron Tammler, el viejo zorro de la investigación privada, alzó las cejas al ver aparecer a Warren en su despacho de la Boren North Avenue.

—¡Ah, hola, Warren!... ¿Puedes esperar un momento?

—¡Claro!

Se sentó en uno de los sillones, y se quedó mirando al vejete más astuto del mundo, que estaba leyendo lo que parecía un informe. Desde el primer momento, Warren, se dio cuenta de que, igual que Zina, el buen Ron estaba dispuesto a actuar como si nada hubiese ocurrido. Así qué nada de «¡Hola, Warren, muchacho! ¿Cómo estás? ¿Qué tal te ha ido? ¿Te han tratado bien allí dentro?...». No, nada de eso...

—¡Maldita sea! —Alzó, de pronto, la cabeza Tammler—. ¡Estoy rodeado de idiotas inútiles!

—¿Algún contratiempo?

—Nada que no pueda solucionar, pero me joroba un horror estar pagando a tipos que se las dan de investigadores y son unos zopencos. Y ahí está la cuestión, Warren, por eso te he llamado... ¿Aceptarías trabajar conmigo?

—¿De investigador privado? —murmuró Warren.

—¡Hombre! Si te parece de niñera... ¡Estás de guasa!

—Si trabajo contigo, Ron, te voy a complicar la vida.

—¿De veras? Yo más bien creo que me la simplificarías. Como te digo, estoy rodeado de inútiles; así que un tipo que ha sido policía desde los veintiún años hasta los treinta y... y...

—Y dos.

—Pues eso. Un tipo así, que en once años llega a teniente de policía, me interesa.

—Ya no soy teniente de policía —apenas se oyó la voz de Warren.

—Lo sé. Si lo fueses, ¿cómo podría ofrecerte el empleo de husmeador privado?

Warren se quedó mirando fijamente a Ronald Tammler. Por lo menos tenía ya sesenta años, pero se le veía lleno de energía, que sin duda conservaba a base de buenos partidos de golf. Y como tenía la costumbre de jugar con la cabeza descubierta, tenía la calva siempre muy tostada. Pero lo más peculiar de Ron Tammler eran sus ojos, que se veían diminutos tras sus lentes de gruesos cristales de miope avanzadísimo. Si se quitaba los lentes, Ron no vería seguramente ni sus propias manos. Pero con los lentes, sus ojos, allá en el fondo, parecían dos puntas de alfileres capaces de penetrar en todo.

—Ron: si me das trabajo, Ernest Blodd te va a complicar la vida, lo sabes muy bien.

—Yo nunca he temido a los cerdos —replicó Ron.

Warren movió la cabeza.

—Blodd es, desde luego, un cerdo —admitió—. Pero, además, es capitán del Departamento de Policía, no lo olvides. Él sabe que yo sé la verdad sobre él, y no me dejará vivir en paz. Ni a ti, si me ayudas.

—Muchacho —masculló Tammler—, te voy a decir una cosa: Ernest Blodd, tu capitán, es un cerdo como hay pocos en el mundo. Ni siquiera en la granja de mis abuelos vi nunca un cerdo tan cerdo. De ti se pudo desembarazar porque eras policía, y él tiene muchos recursos en ese campo. Los engañó a todos; se las arregló para que nadie te creyese, cuando le acusaste de admitir soborno y yo qué sé cuántas porquerías más, y, encima, te tendió aquella trampa por la que has pagado con un año de tu vida. Debíó ser él quien se pasase la vida entre rejas, pero o tú fuiste tonto, o él muy listo, y cargaste con el mochuelo. De acuerdo, eso ya pasó. Pero dime: ¿tú les tienes miedo a los cerdos?

—Yo no tengo miedo a nada ni a nadie —replicó Warren—. Lo digo por ti, Ron. Blodd no me dejará en paz; sabe que puedo, quizá, conseguir pruebas contra él, ahora que estoy libre... Si sabe que estoy contigo, temerá que me estés ayudando... y quizá tu pellejo valga, entonces, tan poco como el mío.

—Con mi pellejo pasa como con el de las vacas —sonrió Tammler—: cuanto más viejo, más duro. ¡Vamos, Warren! Sabes muy bien que a mí no se me puede manejar fácilmente, ni tomarme el pelo... ¡Bueno! —Se echó a reír, pasándose la mano por la calva—, es un decir, claro: ya ha habido quien me tomó el pelo.

—¿Quién? —Tuvo que sonreír Warren.

—Mamá Naturaleza. Por todos los demonios: ¿aceptas o no aceptas el trabajo?

—¡Está bien!

—Hombre, gracias por hacerme este favor —masculló Ron Tammler; le tendió el informe que había estado leyendo—. Puedes empezar esta misma tarde. Aunque quizá preferirías, primero, dedicarte unos cuantos días a tomar el sol.

Warren tomó el informe, lo abrió, y miró asombrado a Tammler. Allá dentro había solamente una fotografía de mujer, a cuyo pie constaba un nombre y una dirección, que, por supuesto, debían corresponderle: Karen Woosnak, 512, Fullerton Park Avenue. Estuvo unos segundos estudiando el bello rostro femenino. La mujer debía tener algo más de treinta años, era pelirroja, de gran boca sensual, llamativa, de cuerpo espléndido.

—Parece una foto de estudio —comentó Warren, alzando la fotografía de gran tamaño—. ¿La ha tomado alguno de tus inútiles colaboradores?

—La tomé personalmente.

—¡Oh! Se comprende:... Bueno, ¿qué tengo que hacer con esta señora o señorita?

—Vamos, Warren...

—¿Seguirla?

—¡Claro! Eso, por el momento. Y claro está, me parece una tontería decirte que debe hacerse con la máxima discreción. Ya te digo que puedes esperar unos días, si quieres. O rechazar el trabajo, que no parece digno de ti... ¿No es eso lo que estás pensando?

Warren se puso en pie, dejando el informe sobre la mesa.

—Empezaré esta misma tarde —dijo.

—Bien. —Tammler sacó un rollo de billetes y le tendió unos cuantos—. Quinientos, por ahora. Ya iremos pasando cuentas. ¿O necesitas más?

—No. Pero quiero hacerte una pregunta, Ron.

—Adelante.

—Ya sé que siempre hemos sido buenos amigos, pero... ¿por qué haces esto? ¿Sólo para ayudarme, en nombre de esa amistad?

—Eres desconfiado, ¿eh? Bueno, pues te voy a decir la verdad: lo hago porque me conviene.

—¿Sí?

—Te lo explicaré con pocas palabras... Siempre tuve deseos de echarte el lazo para mi agencia, pero nunca te dije nada porque sabía que tú eres policía. Jamás habrías dejado el departamento. ¿Cierto?

—Cierto.

—En cambio, ahora, es evidente que jamás volverás a la policía, pase lo que pase. ¿Cierto?

—Cierto.

—Entonces, me dije: «Bueno, no vamos a dejar que un investigador nato como Warren Holding se pierda vendiendo escobas por esos mundos; hay que sacarle partido al muchacho..., por fin». Pero te voy a decir más: dentro de unos años, yo me retiraré, y quiero que esta agencia quede en buenas manos y funcionando debidamente.

—¿Quieres decir que... heredaré tu agencia? —susurró Warren.

—La agencia y todo lo que tengo. Está previsto. Muchacho, yo no tengo hijos ni padres, ni siquiera un canario que espere a que llegue a casa para ponerse a cantar. Y como sé perfectamente que eres un tipo absurdamente honrado, y, sobre todo, un investigador de los buenos, y, además, siempre hemos sido buenos amigos, en efecto, porque me caíste simpático desde el primer momento, he tomado esa decisión. Pero no te hagas ilusiones: todavía tengo cuerda para mucho tiempo.

Warren Holding, que estaba estupefacto ante aquella explicación, acabó por sonreír, moviendo la cabeza.

—Amén —dijo.

Y salió del despacho de Ron Tammler.

Zina le esperaba abajo, en su «Bentley». Se sentó a su lado, aceptó el cigarrillo encendido que ella le tendía, y murmuró:

—Ya tengo trabajo...

—¡Lo sabía! —exclamó alegremente la muchacha—. ¿Cuándo nos casamos, Warren?

—Vamos a esperar un poco —siguió la casi broma él—. Por lo menos, a qué se me desprenda el olor a prisión. ¿Puedes prestarme el coche?

—¡Santo Dios! ¿Empiezas, a trabajar ya?

—Ahora mismo. Sorprendente, ¿no es cierto? Un tipo sale de la cárcel y ya le están esperando con un buen empleo, un anticipo de quinientos dólares y una chica con coche con un papa millonario y unas ganas locas de casarse con él.

—A lo mejor —sonrió dulcemente Zina—, ese tipo lo merece, Warren.

—No sé —reflexionó éste—. Quizá yo no sea una persona tan digna de confianza como tú y Ron creéis.

Zina soltó una carcajada, le besó en los labios, salió del coche y asomó la cabeza por la ventanilla.

—Dedicaré el resto de la tarde a hacer unas compras... ¿Cuándo nos veremos, mi amor?

Warren Holding sentía un extraño y ya casi olvidado calor. Sí, aquel extraño calor de la felicidad; aquel calor de sensación grata, de que todo iba bien, de que era un hombre de suerte..., a pesar de aquel año en blanco.

—Te llamaré —susurró:

Ella le tiró un beso con los deditos, y se alejó. Warren la estuvo mirando caminar, fascinado como siempre por aquella armonía, por aquella gracia. Cuando la perdió de vista, suspiró profundamente, se desplazó al asiento de delante del volante y puso el coche en marcha.

«Karen Woosnak —pensó—: 512, Fullerton Park Avenue».

Hacia las ocho y media de la noche, Karen Woosnak salió de la bonita casa sita en el 512 de Fullerton Park Avenue, delante de la playa. Era inconfundible, con sus largos cabellos rojos y su cuerpo espléndido, rotundo. Primero la vio salir de la casa, hacia el: garaje, le pareció que con cierta prisa. Luego, la vio al volante del «Ford» plateado, con el que pasó muy cerca de donde Warren esperaba, al volante del «Bentley».

El ex policía miró su reloj, metódico: las veinte horas y treinta y tres minutos.

Maniobró, se puso detrás del «Ford» a conveniente distancia, y consideró que debía tomarse las cosas con filosofía. ¿Adónde podía

ir una mujer sola a aquellas horas? Bueno, tampoco había por qué ser malpensado, ya que ni siquiera sabía si la Woosnak estaba casada. Y si lo estaba, y, por ejemplo, el marido estaba de viaje, el caso no le gustaba mucho: seguir a esposas infieles no era, ciertamente, el estilo de Warren Holding.

Y Ron Tammler lo sabía perfectamente.

De todos modos, el trabajo de aquel día resultó, decepcionante, y muy fácil de resumir para presentarle el informe a Ron: Karen Woosnak dejó el coche cerca de una bonita casa de dos plantas, con jardín, cuyo número era el 2680 de Crest Lane, y a la cual entró la bella pelirroja; salió cinco minutos después, corrió hacia su coche, y se alejó de allí; eran las veinte horas y cincuenta y ocho minutos; a las veintiuna horas y diecinueve minutos, llegaba a su domicilio de Fullerton Park Avenue, dejaba el coche en el garaje, entraba en la casa, y... fin.

Warren Holding estaba atónito. ¿Qué podía hacerse en una visita de cinco minutos escasos, que no pudiese hacerse por teléfono?

Convencido de que Karen Woosnak ya no saldría aquella noche de su casa, emprendió el regreso hacia su apartamento, con una idea en la mente: mirar el listín telefónico, para ver quién vivía en el 2680 de Crest Lane.

A las veintiuna horas y cuarenta minutos es decir, doce horas y cuarenta minutos después de haber abandonado la prisión, Warren Holding tenía ya cosas en qué pensar, cosas en qué ocuparse. Y ciertamente, esto era lo mejor que podía ocurrirle.

Llegó a Shelby Street, donde tenía su apartamento, precisamente a esa hora. Encontró un hueco para dejar el coche, encendió un cigarrillo, y se dirigió hacia el edificio, verdaderamente intrigado por el comportamiento de Karen Woosnak, que a él le parecía extraño...

Los dos hombres aparecieron, de pronto, apeándose de un coche estacionado delante del edificio. Como al descuido, uno de ellos se colocó tras él, y el otro le cortó el paso, con la mano derecha metida en el bolsillo.

—¿Holding? —preguntó.

Warren Holding palideció. Después de casi doce años de policía, no era suficiente un año de reposo para que se le despistasen sujetos como aquél. Volvió la cabeza, vio al otro, y de nuevo miró al que

tenía delante. Los dos eran tipos serios, de mirada fría...

—No —negó.

El otro sonrió despectivamente.

—Vamos, teniente, no sea tan listo. Suba al coche. Queremos conversar con usted, eso es todo.

—Podemos conversar aquí.

—Aquí —dijo el de atrás—, lo único que podemos hacer es meterle unas cuantas balas en el cuerpo... ¿Es eso lo que prefiere?

Warren Holding entró en el coche, en el asiento de atrás; uno de los tipos se sentó a su lado, y el otro pasó el volante. Warren abrió la boca, pero el sujeto que tenía a su lado sacó la pistola, ya sin ningún disimulo.

—Todavía no ha llegado el momento de conversar —dijo.

Warren cerró la boca.

Se quedó mirando la pistola, naturalmente provista de silenciador. Luego, miró a los ojos de aquel hombre, y comprendió la verdad, de la que no había dudado ni un momento realmente: lo iban a matar.

Durante un par de minutos continuó fumando, inexpresivo. Sí lo llevaban al campo; lo matarían, y lo enterrarían tan discretamente, tan hondo, que solamente los gusanos podrían encontrarlo.

Alzó el cigarrillo ya casi consumido.

—¿Puedo abrir la ventanilla para tirarlo?

—Tiene un cenicero en la puerta de su lado. Nada de bajar los cristales.

Warren encogió los hombros, y giró de cintura. Con la mano izquierda abrió el cenicero, y la derecha soltó dentro la punta del cigarrillo. Cerró con seco chasquido el cenicero, y volvió a girar la cintura..., pero ahora, con muchísima más velocidad, con fuerza, mientras su codo derecho se alzaba y se disparaba hacia ese lado.

Fue un codazo preciso y tremendo, que alcanzó al sujeto de la pistola en plena boca, con tal fuerza, que lo tiró de coronilla contra la portezuela de su lado, donde rebotó, mientras disparaba. La bala dio en el techo del coche, y el rebote la llevó hacia delante. Debió alcanzar al que conducía, o al menos pasarle rozando, porque el sujeto lanzó un alarido, y por un instante perdió el control del coche...

En ese instante, Warren Holding abrió la portezuela, y sin

vacilación alguna, se lanzó fuera del vehículo, encogiéndose, pegando los codos a los costados y bajando la cabeza hacia el pecho. Desde luego, la serie de batacazos que se dio rodando sobre la durísima calzada, no resultaron en absoluto agradables, pero aún habría sido menos agradable bajar al reino de los gusanos.

Mientras rodaba impulsado por la marcha del coche, oía como algo irreal, muy lejano, el largo frenazo del coche. Quedó sentado en la calzada justo cuando el coche terminaba de detenerse. Y comenzó a ponerse en pie, mirando la matrícula, cuando los dos sujetos salían del vehículo, tan pálidos que sus rostros eran como manchas blancas.

Para cuando alzaron las pistolas, Warren corría ya hacia la hilera de coches estacionados a su izquierda. Oyó los rebotes de las balas contra uno de ellos, cuando estaba saltando por encima. Resbaló sobre el techo, y cayó en la acera como un gato, a pies y manos.

—¡Con el coche! —Oyó.

Echó a correr. Todavía no había llegado a la esquina cuando oyó el zumbido del motor, y al volver la cabeza vio el coche persiguiéndole, en marcha atrás. Llegó a la esquina, giró allí, y volvió de nuevo la cabeza. El coche llegó de espaldas al cruce, maniobró, y quedó enfilado hacia él. Por detrás quedaron algunos pocos transeúntes, asustados. Y los también muy pocos, que circulaban por aquella calle, se volvieron no menos asombrados al ver a Warren corriendo a toda velocidad. Luego, siguieron su camino, mientras el coche pasaba en pos del veloz corredor.

Al llegar a la siguiente esquina, Warren giró también, pero se pegó inmediatamente a la pared. El coche apareció, doblando la esquina prácticamente sobre dos ruedas, tan lanzado, que cuando Warren regresó en dirección contraria, necesitó no menos de quince metros para frenar, meciéndose sobre los amortiguadores. De nuevo, marcha atrás.

Para entonces, Warren había entrado en un portal, y subía las escaleras de cuatro en cuatro. Tardó quizá quince segundos en llegar a la puerta que daba a la azotea, y casi gritó de alegría al encontrarla abierta. Salió, recorrió aquella azotea, saltó a la siguiente, y de ésta a otra...

De pronto se detuvo, se acuclilló en la sombra, y quedó inmóvil,

conteniendo su jadeo, llena la frente de gruesas gotas de sudor. A medida que se fue serenando, la humillación inicial por haber tenido que escapar como un conejo fue siendo sustituida por una ira fría, terrible, que le hacía apretar los puños. Claro qué podía equivocarse, pero... ¿Cuál era la única persona en el mundo que tenía verdaderos motivos para desear la muerte de Warren Holding?

Que él supiese, solamente había una respuesta: Ernest Blodd, el hombre que, con sus trampas, había conseguido no sólo librarse de las acusaciones de Warren Holding, sino que le condenasen a prisión. Pero ¿era posible que Blodd se atreviese a tanto? ¿Era capaz de enviar dos asesinos contra él?

Una hora más tarde, con todas las precauciones propias de la situación, Warren Holding conseguía abandonar aquella parte de la ciudad.

CAPÍTULO IV

Oyó el suave frenazo del coche, y se acercó a la ventana, siempre sin encender la luz de la cabaña. A través de los cristales, vio a Ronald Tammler apeándose del coche y en seguida fue a abrir la puerta.

Tammler estaba ya en el porche, a punto de llamar. La iluminación instalada en los senderos del bonito motel le permitió ver a Warren ante él. Alzó las cejas, y sin más, entró en la cabaña.

—¿Estás seguro de que nadie ha podido seguirte, Ron?

—Claro.

Warren encendió la luz del pequeño saloncito, y, durante unos segundos, ambos se estuvieron mirando, parpadeando, deslumbrados. Por fin, Ron soltó un gruñido, y se dejó caer en un sillón. De un bolsillo interior sacó un sobre largo, muy abultado.

—He pasado por la oficina antes de venir aquí, y he tomado esto. Quizá te lo enseñe, quizá no. Dime ahora, exactamente, lo que ha pasado.

Warren lo explicó; Cuando terminó, Ron permaneció pensativo unos segundos.

—No sé. ¡Sí, claro! Iban a liquidarte, desde luego. Pero no podemos estar seguros de que ha sido Blodd quien ha dado esa orden. Es decir —añadió rápidamente—, nosotros podemos estar más o menos seguros, pero eso no es ninguna prueba, ¿verdad?

—No.

—Por lo tanto, nos lo tomaremos con calma. Volvamos a lo de Karen Woosnak: ¿estás seguro de que fue al 2680 de Crest Lane? Bueno, perdona, ya sé que es una pregunta idiota. Vamos a ver... ¿Has mirado ya en el listín quién vive en esa dirección?

—Un tal Henry Mac Vay.

—Exacto —asintió Ron—. Es cliente mío.

—¿Quién? ¿Mac Vay?

—Sí. Fue él quien me encargó de la vigilancia e investigaciones en torno a los Woosnak. Y hasta ahora todo lo que sé de ellos es que, al parecer, están casados, tienen dinero y llevan una vida cómoda y tranquila. El marido se llama Charles. Y sería interesante saber si él estaba o no en casa, cuando Karen salió para ir a hacer tan breve visita a Mac Vay... Me parece que hay algo que no entiendes, Warren.

—Y tú tampoco lo entiendes —refunfuñó Warren—. Dices que Henry Mac Vay es tu cliente, que fue él precisamente quien te encargó de la vigilancia e investigaciones sobre Charles y Karen Woosnak. Muy bien: ¿qué significado tiene entonces la visita de Karen Woosnak a Henry Mac Vay?

—No lo sé —admitió Ron, sonriendo—. Pero sé cosas que te van a sorprender. Vigilando a Ernest Blodd, me ent...

—¿Vigilando a Ernest Blodd? —Respingó Warren—. ¿Al puerco del capitán Blodd? ¿Quién lo está vigilando?

—Mi agencia.

—¿Tu...? No lo entiendo. ¿Me estás diciendo que tienes a tus hombres vigilando continuamente a Blodd?

—Por rotación, veinticuatro horas al día, hace un año.

—Por el cielo —se pasmó Warren—. ¿Para qué? ¿Por qué?

—Alguien tiene que hacerlo. Y me pareció que era un trabajo digno de la envergadura de mi agencia. Como bien sabes, los detectives privados tenemos que trabajar en todo: seguir a una dama o a un caballero, conseguir algunas fotografías, obtener informes personales... La mayoría de nuestros trabajos resultan más bien pura rutina. Siempre hay casos de excepción, claro, y éste de Blodd era uno de ellos. Cuando te metieron en la cárcel, yo sabía que tú no podías ser culpable de todo aquello. Entonces, ¿quién mentía? Pues Blodd, lógicamente. Así que me dije: «Muy bien, este tío puerco se ha quitado de encima a ese buen muchacho y querido amigo, que es Warren Holding, pero ya veremos si lo consigue conmigo»... Y desde entonces, la *Tammler Investigations* no le ha perdido el rastro a Blodd, ni siquiera durante sus vacaciones en Malibu Beach del verano pasado. Este año quizá esté pensando ir al mismo sitio.

Warren consiguió salir de su pasmo.

—Está bien... ¿Y qué has averiguado durante este año?

—Nada que pueda comprometer a Blodd. Pero, como iba a decirte antes, vigilando a Ernest Blodd, me enteré de que tenía relaciones con cierta compañía que se dedica a la pesca y conservación de pescado. Claro, si pescan peces... Esa compañía se llama *Mac TAPE Fishing*. Y Mac Vay es uno de los socios.

—¿Henry Mac Vay? ¿Tu cliente?

—Sí.

—¿Y Mac Vay tiene relaciones con Blodd?

—Supongo que sí. En realidad, a quien yo he visto en alguna ocasión últimamente con Ernest Blodd ha sido a otro de los socios de la *Mac TAPE Fishing*, un tal Aaron Pelgreen. El otro socio se llama Brian Talbot.

—¿Y esos tres socios te encargaron que investigases a los Woosnak?

—¡No, no! Sólo uno de ellos, Henry Mac Vay.

—¿Y qué averiguaste sobre los Woosnak?

—Todavía nada importante. Sólo que hace muy poco que viven en Seattle.

—¿De dónde vinieron?

—Ni idea... todavía. Te he puesto a ti a trabajar en eso, ¿no es así?

—A mí me has puesto a seguir a ella solamente.

—De acuerdo —sonrió Ron—: tengo a otro hombre, que está encargado del marido.

—Entonces te será fácil obtener respuesta a tu pregunta de antes. Para saber si Charles Woosnak estaba o no en casa cuando su esposa salió, sólo tienes que llamar a tu empleado. ¿O no?

Ronald Tammler volvió a sonreír, se puso en pie y fue hacia el teléfono. Llamó a un tal Spencer, conversó apenas quince segundos con él y colgó. Volvió a sentarse.

—Ya lo has oído: el marido no salió. Parece que Spencer se está espabilando. Imagínate: ¡se dio cuenta de que la mujer sí salió, y que un «Bentley» se fue tras su «Ford»!

—Ya sé que tienes buenos empleados, aunque digas que son unos ineptos. Ron, vamos a ver si he entendido esto... Desde que me metieron allá, te has dedicado a vigilar a Ernest Blodd. De

momento, eso no te ha conducido a nada, pero, siguiendo con tu idea, no desperdicias cualquier detalle que pueda acusar a Blodd de algo. Uno de esos detalles es el de que, Blodd tiene relaciones con una compañía pesquera-conservera llamada *Mac TAPE Fishing*. Por lo tanto, te interesan los tres socios que forman esa compañía, y que son Henry Mac Vay, Aaron Pelgreen y Brian Talbot. Y precisamente, uno de esos socios, Mac Vay, viene a encargarte que investigues a los Woosnak. ¿Esto es una casualidad, o algo que yo no entiendo?

—Es una casualidad. En cierto modo, claro: Mac Vay vino a contratarme a mí, porque sabe que mi agencia es la mejor de la ciudad..., modestia aparte.

—De acuerdo. Casualidad. Pero tú ni siquiera dejas pasar esa casualidad: puesto que vigilas a Blodd, éste está relacionado con los socios de la *Mac TAPE Fishing*, y uno de ellos te encarga una investigación sobre los Woosnak, has llegado a la conclusión de que los Woosnak también pueden tener algo que ver con Blodd.

—Sí.

—Fantástico.

—¿Pero imposible?

—No —admitió Warren—. Por lo tanto, tenemos que seguir investigando a los Woosnak, siempre en busca de algo que nos permita atrapar a Ernest Blodd en alguna de sus cochinadas.

—Ésa es una posibilidad —insistió Tammler—. Y, ciertamente, no estoy dispuesto a dejar pasar por alto ni la más pequeña.

—Está bien. Así pues, seguiremos con los Woosnak. Y al respecto hay una pregunta interesante, ¿por qué Karen Woosnak ha ido a ver, durante cinco minutos, precisamente al hombre que te ha encargado que los investigues a ella y a su marido?

—Alguien tendría que poder contestar a esa interesante pregunta —asintió Ron.

—Seguiremos con ello. Ahora, ¿me has traído una pistola?

—No, Warren.

—Bueno. En ese caso, es más que posible que mientras yo me intereso por los Woosnak, los amigos de Blodd acaben conmigo... No siempre voy a tener la suerte de esta noche.

Ron Tammler estuvo reflexionando unos segundos antes de murmurar:

—Puedo proporcionarte una pistola, desde luego. Pero...

piénsalo bien. Yo también estoy convencido de que Blodd va detrás de ti. Hace un año, sólo consiguió quitarte de la circulación metiéndote en la cárcel. Pero ya has salido; sigues sabiendo lo que sabías de él... Y él te conoce muy bien, sabe que no desistirás de hundirlo. Por lo tanto, de un modo u otro, tiene que seguir buscándote las vueltas, para eliminarte. Un modo de hacerlo es enviar a dos tipos a matarte. Otro modo de quitarte nuevamente de en medio, sería encontrarte encima un arma: estoy seguro de que se las arreglaría para meterte de nuevo en un lío del que quizá saldrías peor librado que con un año de prisión. No olvides una cosa: tú, ahora, eres un ex presidiario, y él sigue siendo capitán de la policía.

—Me quedaré sin la pistola —suspiró Warren—. ¿Puedes encargarte de buscar el coche de aquellos dos sujetos?

—¿Tomaste la matrícula...? ¡Claro! Te estoy haciendo preguntas idiotas. Anótamela aquí —le tendió una pequeña libreta de tapas negras—. Y claro está que encontraré ese coche.

Warren anotó la matrícula, y le devolvió la libreta a Tammler. Frunció el ceño, y quedó pensativo, observado atentamente por el detective privado, que por fin, masculló:

—¡Demonios, suéltalo!

—Estoy pensando en esto de localizar al propietario de un coche por la matrícula de éste... El «Bentley» en el que, sin duda, me vieron llegar aquellos dos sujetos a mi apartamento, es de Zina.

Se quedaron mirándose, alarmados. De pronto, Warren fue al teléfono, y marcó un número.

—¿...?

—Soy yo. ¿Estabas durmiendo?

—¡...!

—Tranquilízate, no pasa nada. Pero podría pasar. Estoy en el *Mayflower Motel*, Zina. ¿Puedes venir? Cabaña nueve.

—¿...?

—Sí, ahora. Sin que nadie lo sepa.

—Gracias. Te espero.

Colgó, y se quedó mirando a Ron Tammler, que tras vacilar, sacó su pistola, se puso en pie, y la dejó sobre el sillón, hacia el respaldo.

—Será mejor que no la toques, a menos que llegues a necesitarla.

—¿Has cambiado de idea? —se sorprendió Warren.

—Sé muy bien que te las puedes arreglar sin armas, pero no es lo mismo cuidar de ti solo, que hacerlo también con Zina.

Las facciones de Warren Holding parecieron convertirse en hielo.

—Que alguien la toque —musitó—. ... Que alguien toque a Zina, y, sabrán cómo soy yo de verdad. Respecto al sobre, Ron... ¿Qué decides? ¿Puedo verlo o no?

Tammmler encogió los hombros.

—Te lo voy a dejar aquí. Es un resumen de las actividades de Ernest Blodd durante este año. A mí no me ha servido de nada, a pesar de haberlo repasado veces y veces, pero... ¿quién sabe? Se dice que cuatro ojos ven más que dos. Si encuentras tú algo que te parezca interesante, me avisas.

Warren asintió, con la cabeza, y acompañó a su amigo hasta la puerta. Segundos después, Ron Tammmler se alejaba de allí en su coche.

Media hora más tarde, cuando Warren había leído ya el resumen sobre las actividades de Ernest Blodd en todo un año, desde luego sin encontrar nada interesante, llegó Zina a pie. Desde la ventana, Warren la vio, y acudió a abrir. La muchacha entró, y se quedó mirándolo expectante.

—¿Qué ocurre, mi amor?

—¿Estabas durmiendo?

—Sí —sonrió ella—. Pero no importa. Supongo que debo ya empezar a acostumbrarme a que me despiertes por las noches.

Warren Holding sonrió, pasó un brazo por los hombros de Zina, y la llevó al saloncito. Señaló el sofá.

—Dormiré aquí —dijo—. Tú puedes hacerlo en el dormitorio.

—¡Oh!

—¿No te gusta la idea?

—Conozco algunas mejores que ésta. —Zina se colgó de su cuello—. ¿Quieres que te las explique?

—No.

Zina cerró los ojos y entreabrió los labios. Era una invitación demasiado agradable para desdeñarla, ciertamente, y Warren Holding no lo hizo. Mientras la besaba, oía el fuerte latir del corazón de la muchacha contra su pecho, y notaba sus finos dedos

en la nuca. Eran tres sensaciones, la de sus labios, su corazón y sus dedos, que Warren Holding había creído sentir realmente en las largas noches transcurridas en su celda. En ocasiones, incluso había llegado a creer en la presencia física de Zina allí, tras los barrotes, tan fuerte; era la sensación. Pero luego abría los ojos, y sólo veía la litera de encima y las dos de los lados, a la luz que llegaba desde el pasillo de la galería... Aquella galería que siempre tenía sonido de hierro, como de cadenas. Un sonido de profundidad y soledad sin fin, un sonido de aislamiento total del mundo.

Pero aquella vez, por fin, la sensación de la presencia de Zina era real. Warren tenía abiertos los ojos, para estar seguro de ello. Veía un lado del rostro de Zina, su ojo derecho cerrado... Cerró él también los ojos, y la sensación de hundirse en algo tibio y dulce, aumentó. No se dio cuenta, pero sus manos se crisparon con fuerza en la cintura de Zina, que separó sus labios de los de él y apoyó su rostro en el pecho masculino.

—Lo has pasado muy mal, ¿verdad? —musitó.

Warren la apartó.

—Es casi la una de la madrugada —dijo, con voz ronca—. Será mejor que vayas a descansar.

—De acuerdo, mi amor. ¿No vas a decirme lo que te ha ocurrido?

—No me ha ocurrido nada.

Zina miró el traje manchado y visiblemente deteriorado de Warren. Como si se hubiese estado revolcando por el suelo. Luego miró el hematoma que tenía en un lado de la mejilla izquierda.

—Entiendo —murmuró— que me has hecho venir solo para saberme cerca de ti.

—Sí... Sí.

—Gracias... Gracias, mi amor.

Lo besó en los labios, y se retiró al dormitorio. No tenía necesidad de insistir, porque sabía que Warren intuía que ella comprendía que le mentía..., en parte, al menos. Y también sabía que él le diría lo qué fuese en el momento oportuno.

Estaba ya prácticamente desnuda, cuando oyó los pasos de él. Se volvió, y lo vio en el umbral, mirándola, inexpresivo.

—Quería preguntarte si puedes seguir prescindiendo de tu coche por unos días.

—Sí.

—Quiero decirte, que no te intereses en absoluto por él.

—No me interesaré.

—Y que no vuelvas a tu apartamento, ni a casa de tus padres, ni les digas a tus amigos, o a quien sea, que estás aquí.

—Nadie salvo tú lo sabrá, mi amor.

—Buenas noches.

—Buenas noches...

CAPÍTULO V

—Buenos días —saludó Warren, entrando en la cabaña-conserjería del motel—. Entiendo que ustedes pueden alquilarme un coche.

—Así es, señor Davis —asintió el conserje—. ¿Alguna marca o modelo en especial?

—Sólo quiero que sea un coche pequeño y barato —pareció recordar algo importante de pronto; algo que era sorprendente que se le pudiese pasar por alto—. ¡Ah!, otra cosa: mi esposa llegó anoche, así que puede usted inscribirla.

—¿Llegó anoche? —Se quedó mirándolo el conserje.

—Sí. Habíamos quedado en reunimos en casa dentro de tres días, pero ella terminó su recorrido antes de lo previsto, y como sabía que yo pararía aquí, vino a reunirse conmigo para terminar juntos la ruta de ventas.

—Entiendo —parpadeó el conserje—. Anotaré la llegada de la señora Davis. ¿Algo más, señor Davis?

—No, gracias. ¿Cuándo tendré disponible el coche?

—Deme media hora como máximo. ¿Desayunarán en la cabaña?

—Sí... Sí, desde luego. Volveré dentro de media hora.

—Muy bien.

Warren dio media vuelta, y entonces vio los tres periódicos sobre la mesita del centro del vestíbulo, acondicionado a la derecha de la entrada. Se acercó y, en efecto, en la primera página se hablaba de un asesinato, tal como le había parecido distinguir. Alzó uno de los ejemplares, y se quedó mirando la fotografía de la víctima.

Era un hombre que parecía tener poco más de cincuenta años, y que... La mirada de Warren Holding fotografió, más que leyó, el nombre de la víctima, pese a que estaba mirando la fotografía:

Henry Mac Vay. Miró directamente el nombre. Henry Mac Vay, sí. Le pareció que las letras golpeaban sus pupilas...

—Un asesinato en toda regla —oyó la voz del conserje—, le dispararon dos tiros en la nuca, a bocajarro. Puede llevárselo, si quiere, señor Davis.

—Sí —se volvió a mirarlo Warren—. ¡Sí, gracias! Se lo devolveré cuando venga a por las llaves del coche.

Cuando entró en su cabaña, Zina le cayó en los brazos apenas cerrar la puerta.

—Apuesto —rió ella maliciosamente— a que no se lo ha creído.

—¿Qué...?

—El conserje. Eso de que somos marido y mujer y que...

—¡Oh! ¡Claro que no! Pero no importa... Traerán el desayuno en seguida:

—¿Qué pasa? —entornó los ojos Zina.

Warren le tendió el periódico, y Zina leyó rápidamente los titulares y el pie de la fotografía. En resumen: el señor Henry Mac Vay, conocido industrial conservero de la ciudad, había sido hallado muerto en su casa, en el 2680 de Crest Lane, de dos disparos en la nuca. Su familia y la servidumbre, se hallaban de veraneo en una próxima localidad costera, de modo que el asesino había encontrado solo en la casa al señor Mac Vay. Hora de la muerte, según el dictamen forense: entre las ocho y media y nueve de la noche, aproximadamente. El cadáver había sido hallado por un vecino que regresaba a su casa, pasada la medianoche. El hombre vio luz, pensó que su estimado vecino Henry, al que sabía sólo en esos días, podría encontrarse indispuesto y fue a ofrecerse. La puerta estaba abierta. Con la confianza que dan largos años de vecindad, el hombre entró en la casa, y...

—Siempre serás policía —murmuró Zina—. Te gustaría investigar este asesinato, ¿verdad?

—En realidad —murmuró también Warren— ya lo estoy investigando. Ayer, Ron me encargó que siguiese a una mujer. Ella fue a esta casa. Entró a eso de las nueve menos diez, y salió cinco minutos más tarde corriendo... Sí —pareció darse cuenta de ello en ese mismo momento—. Corría...

—Entonces —abrió mucho los ojos Zina—. ¿Lo ha matado ella?

Warren Holding reflexionó durante unos segundos, con el ceño

fruncido.

—No lo sé... Pero si me preguntasen si creo que esa mujer es capaz de matar, diría que sí. Voy a llamar a Ron —miró su reloj—. Son más de las nueve, así que debe estar en su oficina.

Llamó a la *Tammler Investigations*. Pero no. El señor Tammler no había llegado todavía, informó su secretaria. Warren le dio las gracias, pulsó la horquilla y llamó al apartamento de Ron. Allá, simplemente, nadie contestó al teléfono.

—Debe estar camino de la oficina —dedujo—. Le llamaré dentro de un rato.

El desayuno les fue servido por una camarera que los miró entre expectante y sonriente. Lo estaban terminando cuando sonó el teléfono.

—Ése es Ron —acudió Warren al teléfono.

No. No era Ron Tammler. Era el conserje, que informaba al señor Davis de que ya tenía el coche pedido, a su disposición. El ex policía agradeció la atención y la rapidez del servicio, y llamó de nuevo a la oficina de Tammler. No señor, el señor Tammler no había llegado todavía. Nueva llamada al apartamento de Ron: el teléfono estuvo sonando en vano.

Quince minutos más tarde, ya terminado el desayuno, Warren volvió a llamar, con idénticos resultados: no señor, el señor Tammler no había llegado todavía. Y en el apartamento de Ron, el teléfono sonaba, sonaba, sonaba...

Warren Holding colgó, se puso la chaqueta, y señaló el sillón donde todavía estaba la pistola.

—No salgas de la cabaña para nada, y ten eso siempre a tu alcance.

—¿Te vas?

Él se acercó, la besó en los labios, la miró fijamente unos segundos, y volvió a besarla. Luego, sin decir palabra, salió de la cabaña en busca del coche.

Eran las diez y media de la mañana, cuando estacionó muy cerca del edificio donde Ron Tammler tenía su apartamento. Llegó allá a pie, y preguntó al conserje a qué hora había salido el señor Tammler. ¿El señor Tammler? No había salido aquella mañana que él supiese.

—Lo cual —añadió el hombre— es en verdad sorprendente.

Siempre sale hacia su oficina a las nueve menos veinte en punto... Quizá se encuentre mal.

—Es muy posible. ¿Le parece bien que subamos? Traiga su llave, por si acaso.

Subieron los dos en el ascensor. El conserje estuvo llamando a la puerta unos segundos.

—Señor Tammler... Señor Tammler, ¿se encuentra bien?

—Abra —musitó Warren.

El conserje vaciló, pero acabó por decidirse. Abrió la puerta, y dejó pasar a Warren, que en seguida vio la luz encendida. Recorrió el corto pasillo, y entró en el *living*. Es decir, se detuvo en seco en el umbral, de modo que el conserje tropezó con él... En seguida, el hombre lanzó un respingo fortísimo.

—¡Señor Tammler...!

Warren alzó un brazo, deteniendo el impulso del hombre, de correr hacia el caído Ron Tammler.

—No lo toque.

Se adelantó él, despacio, mirando al viejo amigo, que yacía de bruces sobre la alfombra del centro del *living*. Cuando se arrodilló cerca de él, ya había visto los dos negros orificios en la nuca. La cabeza de Ron estaba ladeada, de modo que se apoyaba en la alfombra por una mejilla. En la otra, y en la frente y pómulo se veían señales de golpes, que tenían, un extraño color entre morado y amarillo. Las ropas del detective privado estaban desordenadas, y se veían en ellas salpicaduras de su propia sangre. Y en los abiertos y cristalizados ojos de Ronald Tammler, que ahora, sin los lentes, se veían grandes, había la angustia del dolor, la angustia de la muerte..., que había visto llegar.

—¿E... está... está... muerto?

Warren Holding tragó saliva, y se incorporó; sentía las manos frías, y un intenso frío en el rostro. Seguramente estaba tan pálido como el cadáver de Ronald Tammler.

—No toque nada —oyó su voz, como si llegase de muy lejos—. Usaremos el teléfono de abajo para avisar a la policía.

CAPÍTULO VI

Debían ser cerca de las doce y media, cuando llegó el capitán Ernest Blodd, del Departamento de Policía de Seattle. Su mirada pareció clavarse en Warren, como si quisiera taladrarlo. Y en el fondo de sus ojos, Warren Holding vio la expresión de odio y de triunfo del hombre que él sabía que estaba corrompido hacía mucho tiempo. Y saberlo le había costado un año de cárcel..., de momento.

Ernest Blodd no le dijo nada. Se fue a hablar con el teniente de homicidios encargado del caso, mientras Warren le contemplaba inexpresivamente. Blodd no había cambiado de aspecto, lo cual era normal después de doce meses nada más. Alto, delgado, elegante; con los cabellos grises en los aladares... Siempre había vestido bien, desde luego. Su rostro era anguloso, duro. Y sus ojos, grandes y oscuros, miraban siempre de frente, como queriendo amedrentar a los demás.

La información que el teniente Parks le estaba pasando a Blodd era escueta, y Warren ya la conocía, pues había estado allí cuando llegó su ex compañero Jesse Parks: dos balazos en la nuca, después de una tremenda paliza. Hora de la muerte, según el forense, que ya se había marchado: hacia la una de la madrugada.

Por fin, Ernest Blodd y el teniente Parks se acercaron al sombrío Warren Holding. Y el saludo de Blodd fue seco, brutal:

—Parece que se ha metido de nuevo en líos, señor Holding.

Warren tragó aquella bola amarga que era la palabra: señor, en lugar de la de teniente, que, hasta hacía un año, Blodd había utilizado siempre al dirigirse a él.

—No creo —murmuró.

—¿No? Dígame: ¿qué hace usted aquí?

—Ya se lo he explicado a Jesse..., al teniente Parks.

—Tenga la bondad de explicármelo a mí. Por favor.

—Vine a ver a Ron Tammler por asuntos de trabajo.

—¿De trabajo? —Alzó las cejas, con un elegantísimo gesto, Ernest Blodd.

—Así es. Tammler estaba enterado de que yo fui uno de los mejores policías del Departamento, y en cuanto salí de la prisión, ayer mismo, me ofreció trabajo.

—¡Ah...! ¿Y por qué no fue a tratar de trabajo en su oficina?

—Porque no estaba allí. Pensé que quizá se encontraba mal, porque tampoco aquí contestaba el teléfono, y vine a verle. El conserje subió conmigo, y, abrió la puerta con su llave.

—Ya. Bueno, parece que se ha quedado usted sin trabajo, señor Holding.

—Todo lo contrario.

—¿Ah? —Alzó de nuevo las cejas Blodd, interrogante.

—Ayer mismo, Ron me dijo que cuando él muriese, su agencia y todo cuanto tenía sería para mí. En estos momentos, soy propietario de una agencia de investigación, con una docena de hombres a mis órdenes.

Los ojos de Blodd parecieron convertirse en extraños pedacitos de hielo negro.

—¿Tiene usted licencia para ejercer la investigación privada, señor Holding?

—No.

—En ese caso, sigo viéndolo en dificultades.

—Estoy seguro de que las solucionaré. Y, naturalmente, seguiré cualquier trabajo que Ron Tammler tuviese empezado. Espero conseguir pronto la licencia. Y mientras tanto, me pregunto si hay alguna ley que me impida heredar algún negocio, y poner al frente de él a una persona autorizada.

—Me parece que no hay ninguna ley en ese sentido... Ha sido providencial para sus intereses la muerte de Tammler, ¿no le parece?

—Ha sido dolorosa. Era una persona honesta, a la que ya hace mucho tiempo estimaba profundamente.

—Y él a usted, por lo que veo. De modo que salió ayer de la prisión...

—Estoy seguro de que usted ya sabía eso.

—No me ocupo personalmente de vigilar a los ex presidiarios —dijo fríamente Tammmler—. Y, ciertamente, no llevo la cuenta del tiempo que los reos pasan en el lugar que les corresponde.

Jesse Parks se mordió los labios, y bajó la mirada. Estaba pasando unos minutos desastrosos, pésimos, viendo a Blodd cebarse en Warren Holding, su buen amigo de tiempos mejores. Habían trabajado juntos en algunos casos, y, a la facilidad con que Warren se hacía querer en lo personal, se unía la admiración hacia su eficacia en un trabajo duro y siempre ingrato.

Warren no contestó a las brutales palabras de Blodd. El silencio se espesó durante unos segundos, antes de que Blodd preguntase, bruscamente:

—¿Dónde estaba usted a la una de la madrugada, señor Holding?

—Durmiendo.

—¿Dónde?

Esta vez, Warren se permitió una sonrisita irónica, allá en el fondo de sus ojos, porque sabía que con su respuesta iba a destrozarse todas las esperanzas de Ernest Blodd, que debía estar convencido de que un hombre recién salido de la cárcel no podría dar una respuesta completamente satisfactoria.

—En la cabaña nueve del *Mayflower Motel*.

—¿Puede probarlo?

—Por fortuna, sí.

—¿De qué modo?

—Una mujer ha pasado conmigo toda la noche.

—¿Qué mujer?

—Exijo toda la discreción habitual en estos casos. ¿Tengo derecho a ella?

Blodd dirigió una veloz mirada a Parks y masculló:

—Desde luego. ¿Qué mujer?

—La señorita Zina Marsh-Layton.

—¿La hija de George Marsh-Layton, el millonario?

—En efecto.

—¿Y ella dónde está ahora?

—Esperándome en el motel.

—Supongo que no tendrá inconveniente en que comprobemos eso y le hagamos unas preguntas a la señorita Marsh-Layton.

—Ningún inconveniente.

—No es usted muy discreto con esa pobre chica, ¿verdad?

—Estoy seguro de que ella opinará todo lo contrario.

—¿No le importará verse mezclada en esto?

—Mezclada, ¿en qué? —se sorprendió Warren—. Ella y yo tenemos relaciones, eso es todo. ¿Qué tiene que ver ella con el asesinato de un hombre que me había proporcionado un empleo? Son dos cuestiones completamente diferentes. Si queda demostrado que a la una de la madrugada yo estaba con ella, ya no pueden sospechar de mí. Y entonces, interviene la discreción de la policía. ¿O ahora se hace de otro modo?

—Comprobaremos eso —le dirigió una mirada hostil, ya sin disimulos, Blodd.

—Puedo encargarme yo mismo, señor —saltó Parks—. A fin de cuentas, es lo lógico, ya que estoy al cargo del caso.

Ernest Blodd comprendió que el círculo se había cerrado. Insistir era ponerse en evidencia.

—Por supuesto, teniente.

—Y si lo que dice Warren es cierto..., ¿tengo que retenerlo por alguna otra causa, señor?

—No.

Blodd se alejó, y cuando ya no podía oírlo, Jesse Parks soltó un bufido de alivio.

—¡Muchacho, vaya ratito que me habéis hecho pasar! Está bien, puedes largarte después que lo haya hecho el capitán.

—¿No vas a venir al *Mayflower Motel* para comprobar lo de...?

—¡Claro que no! Por dos motivos. El primero de ellos es que te creo. El segundo es que sé muy bien que no eres un imbécil. Y sólo un imbécil soltaría una mentira tan gorda como sería ésa. Y todavía hay otro motivo: todos sabíamos, y sabemos que la señorita Marsh-Layton siempre estuvo loca por ti. Eso quiere decir —el teniente Parks sonrió astutamente—, que ella incluso mentiría para ayudarte.

—Sigues siendo un tío listo —casi sonrió Warren—. Pero ten cuidado con Blodd, Jesse. Será mejor que no falles en nada.

—Quizá tengas razón... Bueno, espérame abajo; Voy a ver si pongo esto en marcha, y te acompañaré al *Mayflower*.

—¿Puedo telefonear?

—Demonios, sabes que no —bufó Parks—. ¿En qué quedamos? ¿Quieres meterme en líos, o no?

—No. Llamaré desde el motel; cuando me autorices.

—¡Vale! Oye, estoy deseando ver a la señorita Marsh-Layton. La recuerdo muy bien: era todo un bombón, ¿eh?

—Sigue siéndolo. Te espero.

Jesse Parks tardó unos veinte minutos. Subió al coche de Warren, que le miró sorprendido.

—¿No utilizas uno de los nuest... de la policía?

—No.

—Tendrás que volver por tus medios.

—No soy cojo —gruñó Parks—. Y todavía quedan taxis en esta ciudad, ¿no?

—Gracias, Jesse.

No hacían falta muchas explicaciones, realmente. Parks no quería llegar allá en un coche de la policía, precisamente para hacer las cosas del modo más discreto posible, eso era todo.

Era la una y media de la tarde cuando el teniente Parks se despedía de la señorita Marsh-Layton, en la cabaña nueve del *Mayflower Motel*.

—Lamento esto, señorita Marsh —movió la cabeza—, pero no podía dejar de hacerlo.

—No debe preocuparse lo más mínimo —murmuró ella—. Y puede mencionarme en su informe, si lo desea.

—¡No! ¡No! —Respingó Parks—. Sólo se trataba de complacer al capitán Blodd, respecto a la coartada de Warren. Comprobada ésta, ni usted ni él tienen por qué figurar en el asunto. ¡Maldita sea...!

—¿Yo?

—¡No! —Respingó de nuevo Parks—. ¡Por Dios, no...! Digo que maldita sea la porquería de esta vida. Porque cuando hombres como Ron Tammler son asesinados, uno comprende que la vida es una porquería.

—Estoy segura de que usted encontrará al asesino.

—Bueno, lo seguro es que alguien lo encontrará —replicó Parks, mirando de reojo al silencioso Warren—. Y al de la otra víctima de esta noche... Un tal Mac Vay... ¡Qué curioso! —Se pasmó Parks—: ese Mac Vay también apareció muerto de dos balazos en la nuca...

—¿También le golpearon antes de matarlo? —preguntó Warren.

—No... Creo que no. Pero ¿no te parece curioso? Vamos, una... coincidencia. ¿Qué opinas?

—Nada.

Jesse Parks se quedó mirando fijamente a Warren Holding. Entre ellos había una especie de comunicación, de afinidad; cosa muy normal en personas dedicadas a la misma profesión.

—Quizá meta mis narizotas en el caso Mac Vay —murmuró el teniente.

—Estás en tu derecho..., si te llevas bien con quien atiende ese caso.

—¡Oh, es Archie...! Ningún problema. ¡Demonios! Sí que es curioso. Bueno, ya puedes llamar por teléfono —le miró astutamente—. Y hasta la vista. ¡Adiós, señorita Marsh!

Warren acompañó a Parks hasta el porche, y esperó a que se alejase a pie. Luego cerró la puerta, y fue directo al teléfono. Le atendió la secretaria de Ron Tammler con voz aguda, crispada... Él no había llamado a la agencia, pero allá se habían enterado de la muerte de Ron, era evidente.

—¿Cómo se llama usted? —le espetó Warren.

—...

—Pues bien, Gladys, tome su bloc de notas y vaya apuntando... Un momento: ¿quién dirigía la agencia durante las ausencias de Ron?

—...

—De acuerdo. Pues dígale a Lyn Spencer que la agencia es mía ahora y que no admito ni discusiones ni fallos. Ahora tome nota. ¿Preparada?

—...

—Pues allá van. En primer lugar...

Fueron unas instrucciones largas, concretas y precisas. Luego, Warren colgó el teléfono y se volvió hacia Zina, que le miraba fijamente.

—¿Y la pistola?

—La escondí cuando te vi llegar acompañado.

—Bien hecho. Métela en tu bolso y vámonos.

—¿Nos vamos del motel? Yo pensaba...

—Zina, han matado a Ron; anoche quisieron matarme a mí, y ahora insistirán. En cuanto a ti, se habrían enterado de quién eras

siguiendo la pista de tu coche, que tuve que dejar abandonado, pero ahora ya saben quién eres y dónde estás, y también vendrán a matarte. De modo que tenemos que marcharnos de aquí ahora.

—Dios mío,... ¡Quisieron matarte!

—Sin la menor duda. ¿Y sabes por qué ha muerto Ron?

—No... No, no...

—Por mi culpa.

—¡No!

—Sí. Desde que salí de la prisión, me han estado vigilando, esperando el momento de eliminarme. Debieron optar por esperar mi regreso a mi apartamento, tranquilamente. Pero saben que estuve a ver a Ron, y ahora están seguros de que tú me estás ayudando. Blodd sabe todo esto. Lo que no sabía es adonde me había dirigido yo, después de escapar de aquellos dos tipos. Así que fueron a vigilar a Ron...

—Pero, quizá me vigilaron a mí...

—No. A ti hasta esta mañana no te han dado importancia: una chica que espera a un hombre. No les importó, Pero sí les tenía preocupados lo que hiciese Ron, después de ver que yo iba a visitarlo. Cuando yo los burlé, fueron a vigilarlo a él, esperando que tarde o temprano nos veríamos. Debieron verlo salir y se pusieron a seguirlo, pero... Bueno, comparados con Ron, aquellos tipos deben ser unos desgraciados para estas cosas, así que no pudieron seguirlo cuando vino aquí. ¿Qué hicieron entonces? Pues fueron a esperarlo a su apartamento, porque sabían que cuando Ron regresase sabría dónde estaba yo. Así que le golpearon como bestias, y luego lo mataron..., sin haber conseguido que Ron hablase.

—Dios mío... ¡Pobre Ron! ¡Warren! ¿Y si Ron, obligado a golpes, les hubiese dicho...?

—No. Si Ron lo hubiese dicho, tú y yo estaríamos muertos haría horas. Es decir, al menos habríamos tenido visitas esta noche, pero teniendo yo una pistola, las cosas no habrían sido fáciles para esos asesinos. Cuando los encuentre...

Warren Holding no dijo más. Se limitó a apretar las mandíbulas y a aspirar hondo.

—¿Adónde vamos a ir? —inquirió Zina, muy abiertos los ojos.

—Buscaremos otro motel, Y tú te quedarás allí, mientras yo sigo con este asunto.

—¿Crees que Blodd tiene algo que ver con esto?

Warren frunció el ceño, y quedó pensativo. Se estaba formando una figura geométrica, bastante concreta, con todos los datos que se acumulaban. Uno: Henry Mac Vay va a ver al mejor detective privado de la ciudad, Ron Tammler, para que investigue a los esposos Woosnak. Dos: Karen Woosnak va a visitar a Mac Vay, la persona que ha ordenado una investigación sobre ella y su marido. Tres: la visita dura cinco minutos escasos, y Karen Woosnak sale corriendo; esa visita se ha producido a la hora en que el forense dictamina que se cometió el asesinato. Cuatro: Ron Tammler es asesinado con características parecidas a las de Henry Mac Vay, salvo los golpes, respecto a los cuales ya existe una teoría más que plausible: obligarle a decir dónde está Warren Holding; pero, además, seguramente lo habrían matado de todos modos, ya que está relacionado con el asesinato de Henry Mac Vay... ¿O no?

—Es posible —contestó; por fin; a la pregunta de Zina—. Blodd tiene que saber que Ron lo estaba vigilando. Y al saber que yo me unía a Ron, decidió eliminarnos a los dos. Pero debió matarme a mí... Sí, eso debió hacer. Porque ahora..., ahora no voy a descansar hasta que lo meta en la cárcel para toda la vida... o lo mate.

—Warren... Warren, me das un poco de miedo ahora.

—Tranquilízate. Ya aprendí la lección... Y no pienso hacer nada que pueda meterme en otra trampa.

—¿Qué harás?

—Me parece que, lo primero, será una visita...

CAPÍTULO VII

La señora Woosnak contempló críticamente a la visita. Y por su expresión, pareció que el hombre era de su agrado. Hizo una seña a la criada, que se retiró. Entonces sonrió casi amablemente a Warren Holding.

—Bueno, señor Holding, no tengo inconveniente en escucharle, desde luego, pero si el asunto es tan importante como dice, creo que debería tratarlo con mi marido. Pero él no está en este momento en casa.

—Lo sé —asintió Warren—. Lo he visto salir hace unos minutos.

—No comprendo —se desconcertó Karen Woosnak.

—Es fácil de comprender, señora Woosnak: tengo a varios hombres trabajando en un asunto en el que, sin la menor duda, usted tiene una parte bastante importante.

—Me parece... que sigo sin comprender...

Warren la miraba con gran atención. Sí, era muy bonita, con su boca grande y sensual; sus largos cabellos rojos; su cuerpo espléndido, de formas incluso exageradas...

—¿Me permite sentarme?

—¡Sí...! ¡Sí, sí; Hágalo!

—Gracias. Se lo voy a explicar lo mejor posible para que usted comprenda que el modo más razonable de afrontar esta entrevista es la sinceridad. En cuanto a mí, le diré que mientras mis empleados trabajan en otras direcciones, me asigné la vigilancia de usted. De modo que estaba ahí fuera, metido en un coche esperando.

—Esperando... ¿qué?

—Que usted saliese como ayer. Pero aunque es más o menos la misma hora, el que ha salido hoy es su marido. Y me ha parecido

que podía aprovechar la ocasión para charlar con usted. ¿Me comprende ahora, señora Woosnak?

Karen Woosnak, que estaba lívida, movió la cabeza negativamente.

—No —sonó quebrada su voz—. No le entiendo, no...

—¿Todavía no? Por favor... Le estoy hablando de su visita al señor Henry Mac Vay... ¿Aún no?

—No... ¡No!

—Vamos, señora Woosnak —refunfuñó Warren—. Ya he empezado por decirle que la sinceridad era lo más razonable. Mire, yo la seguí a usted anoche allá, al 2680 de Crest Lañe. Llegó a las nueve menos cinco, y salió cuando faltaba un minuto, quizá dos, para las nueve. Y salió corriendo. Se metió en su coche y volvió aquí como una exhalación. ¿No fue así, señora?

—¿Quién es usted, qué quiere? —Casi gritó Karen.

—Ya le he dicho mi nombre: Warren Holding. ¿Qué quiero? Muy bien, parece que usted empieza a entrar en razón. Dígame: ¿por qué asesinó al señor Mac Vay?

—¡Yo no he asesinado a nadie! —chilló agudamente ella.

Warren comenzó a sentirse fastidiado.

—En ese caso —dijo, fríamente—, no le importará que yo le comunique a la policía sus movimientos de ayer noche entre las ocho y media y las nueve, ¿verdad?

—No... No me importará, no.

—De acuerdo. —Warren se puso en pie—. Lo siento por...

—¡Siéntese! ¡Siéntese ahora mismo!

—Está alzando demasiado la voz —reconvino Warren—. ¿Tampoco le importa que su criada se entere de la conversación?

—Siéntese..., por favor —bajó la voz, Karen.

—Ya estoy sentado —lo hizo Warren—. ¿A qué fue allá, sino a matarlo?

—¡Ya estaba muerto cuando llegué!

Warren Holdingladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Interesante —comentó.

—¡Se lo juro!

—¡Admirable! Quizá yo me decida a creerla, pero espero que tenga usted algo mejor que un juramento para convencer a un jurado de que cuando usted llegó, el señor Mac Vay ya estaba

muerto.

—¡Lo estaba, lo estaba, lo est...!

—Cálmese. Seguiremos la conversación bajo ese supuesto. Muy bien, estaba muerto. ¿A qué fue usted allí?

—Él me llamó por teléfono.

—¿Él? ¿Se refiere al señor Mac Vay?

—¡Sí, sí! El mismo me llamó. Me dijo que tenía que hablar conmigo, precisamente sobre nuestra participación en la compañía...

—¿La *Mac TAPE Fishing*?

—Sí, claro...

—Claro. Siga.

—Mi marido y yo hemos puesto dinero en la compañía, así que actualmente podemos considerarnos socios con los mismos derechos que los demás... Bueno, nos pareció un buen negocio...

—Debe serlo. Por favor, no divague. Decía usted que el señor Mac Vay quería hablar precisamente con usted. ¿Por qué, precisamente, con usted?

—No lo sé. Se lo dije a Charles, y él también se extrañó un poco, pero no vio inconveniente en que fuese allá.

—Muy razonable. De todos modos, el señor Mac Vay fue un tanto misterioso, ¿verdad? Eso aparte de que pudo tener la cortesía de venir él a visitarla a usted..., aunque fuese en ausencia de su marido, como he hecho yo.

—Estaba un poco resfriado... Se lo noté en seguida cuando oí su voz por teléfono. Me pidió que no le obligase a salir de casa, y...

—¿Resfriado? ¿En julio? Bueno, es posible, claro. Precisamente en verano es cuando se hacen más tonterías con la salud. De acuerdo, usted fue tan amable que fue allá y lo encontró muerto. ¿Qué más?

—Nada más.

—¿Cómo nada más? Vamos, señora Woosnak, el señor Mac Vay le diría a usted algo más por teléfono; le daría alguna explicación sobre esa petición de visita; mencionaría el asunto que le inducía a solicitar la entrevista...

—No... No. Sólo me dijo unas pocas palabras. Me pidió que fuese allá, que le disculpase por su voz ronca, que estaba resfriado... Eso es todo.

Warren se pasó una mano por la barbilla y la boca, y quedó pensativo. Muy pensativo.

—¿Conocía usted bien la voz del señor Mac Vay?

—¿La voz? —se sorprendió Karen.

—¿Había hablado muchas veces con él?

—¡Oh, no! Pocas. No sé... Tres o cuatro.

—Eso debería ser suficiente para qué usted tuviese la certeza de que era la voz del señor Mac Vay, ¿no? ¿La identificó usted sin lugar a dudas?

Karen Woosnak comenzó a parpadear velozmente. En su rostro apareció una expresión de incredulidad primero, de sobresalto después. Y, simultáneamente, quedó pálida como un cadáver. Se puso en pie con un movimiento como de autómatas, y se llevó las manos a la boca...

—¡Oh, no! —gimió—. ¡No!

—¿No la identificó plenamente? —musitó Warren.

—Es... es que... es que esta noche... el señor Talbot ha llamado a Charles y...

Warren se puso en pie de un salto.

—¿Su marido ha salido a ver a Brian Talbot, otro de los socios de la *Mac TAPE Fishing*? —exclamó.

—Sí... Sí...

—Pero ¿están ustedes locos? —gritó ahora Warren—. ¡Me dice que ayer la llamó un socio, y que estaba muerto cuando usted llegó, y esta noche su marido acude a una cita similar! ¡Por todos los demonios! ¿Qué clase de imbéciles son ustedes? ¿O me está tratando como si el imbécil fuese yo?

—¡No...! ¡No, no, no...!

—Señora Woosnak. —Warren se adelantó, y la tomó por los hombros, zarandeándola—. ¡Señora Woosnak! ¿Está segura de que ha sido Brian Talbot quien ha llamado a su marido? ¡Vamos, serénese y conteste, o no podremos hacer nada!

—Sí... Fue el señor Talbot, sí... Charles tomó el teléfono; dijo que Talbot quería, verlo urgentemente en su apartamento...

—¿Para qué?

—Para... para hablar de algunos aspectos legales de la compañía ahora que... que faltaba el señor Mac Vay.

Warren cerró los ojos por un instante. El tiempo justo de pensar

que no era sorprendente que Charles Woosnak hubiese caído en la trampa. No, era, en modo alguno extraordinario, considerar que Henry Mac Vay había sido asesinado por personas desconocidas, mientras Karen Woosnak iba hacia su casa. Por lo tanto, atender una llamada de urgencia para hablar de asuntos legales de la compañía era algo con sentido, y que no tenía por qué ser relacionado por los Woosnak con otra trampa contra ellos...

—Señora Woosnak —abrió los ojos Warren—: o me está engañando usted a mí, lo cual sería otra estupidez, o los están engañando a ustedes. ¿No lo comprende? ¡Esta vez, la trampa es contra su marido! ¡Encontrará muerto a Brian Talbot!

—No, no...

—¿Dónde vive Brian Talbot?

—Vive fuera de la ciudad, pero tiene..., tiene un apartamento aquí, porque a veces se queda hasta muy tarde y...

—¿Dónde está ese maldito apartamento?

—Es el 320, en el 560 de East Spring Avenue...

Warren miró alrededor, vio el teléfono, y se abalanzó hacia él. Lyn Spencer, el hombre de confianza de Ron Tammler, que ahora daba la cara por la *Tammler Investigations*, había estado muy cerca de él, vigilando también la casa de los Woosnak, por si éstos salían por separado. Y como en días anteriores, Spencer había quedado a cargo del marido, de Charles Woosnak. Por lo tanto, lo habría seguido. Y de acuerdo a todas las instrucciones, en cuanto supiese adonde había ido su personaje, llamaría a la agencia para que cuando Warren llamase allí, le dijese dónde estaba Woosnak, en el caso de que le interesase saberlo con urgencia.

Descolgó el auricular, y marcó rápidamente el número.

—¿...?

—¡Gladys, cuando Spencer llame dígame...! ¿Qué?

—...

—¿Ya ha llamado? —susurró Warren.

—...

—Sí... Sí, entiendo...

—...

—Sí. Está bien... Gracias, Gladys... ¿Cómo dice?

—...

—¡Oh, bien...! Bueno, está en su derecho de marcharse ya de la

oficina, por supuesto...

—...

—¡Ah, no, no...! Yo la necesito ahí hasta que termine esto, de modo que si a usted no le importa quedarse puede hacerlo, naturalmente. Y gracias de nuevo —colgó, y se quedó mirando a Karen Woosnak, que, a su vez, lo miraba asustada.

—Demasiado tarde, señora Woosnak.

—¿Qué... qué quiere decir...?

—Mi empleado no sabe exactamente lo que ha pasado. Pero la policía ha llegado hace un par de minutos al 560 de East Spring Avenue... Y su marido no ha salido aún del edificio.

—Y eso, ¿qué... qué puede significar...?

—No lo sé. Pero nada bueno para ustedes. Eso me temo... ¿Aceptaría usted un buen consejo, señora Woosnak?

—¡Sí, sí...!

—Líame a su abogado. No hay nada, mejor que usted pueda hacer en estos momentos.

—Pe... Pero yo... nosotros no tenemos abogado. Hace poco que estamos aquí... Además, no... No puedo llamar a un abogado, ni quiero hacerlo... Yo... yo... yo... —De pronto hubo un cambio tan sorprendente en Karen Woosnak, recuperó tan súbitamente la serenidad, que Warren quedó atónito—. ¡Está bien, señor Holding, yo me las arreglaré!

El ex policía estaba tan estupefacto, que tardó algunos segundos en reaccionar. Un instante antes, aquella mujer parecía desesperada, indecisa, asustada... No sabía qué hacer. Y de pronto con toda serenidad, le decía que se las arreglaría.

—Píenselo bien antes de hacer alguna tontería —murmuró Warren.

—No tema. Y creo que debo darle las gracias.

Warren vaciló.

—No lo sé, señora Woosnak. Ni la entiendo a usted ahora.

—¿Pero me ha creído al fin?

—A esa pregunta quizá podría contestarle dentro de unos minutos. O de unas horas. Antes tengo que saber lo que ha pasado en el apartamento de Brian Talbot. ¡Adiós, señora Woosnak!

CAPÍTULO VIII

—No lo sé, lo siento —dijo Lyn Spencer, que había acudido al coche de Warren—. Intenté pasar, pero me lo impidieron, y no quise insistir, pensando que a usted no le gustaría. ¿Cómo le ha ido con la señora Woosnak?

—Si hemos de creer lo que ella dice, parece que todo esto es una trampa contra ellos, contra los Woosnak.

—¿Qué clase de, trampa?

—Según las evidencias, considerando que ayer la enviaron a ella a un lugar donde había un hombre asesinado, yo diría que ahí delante —señaló hacia el edificio ante el cual se veían los coches de la policía, con sus luces azules girando en los techos— hay otro cadáver.

—¿El de otro socio?

Warren no contestó. Estaba mirando hacia otro coche, que acababa de llegar.

—No se vaya, Spencer.

Salió del coche de éste, y caminó hacia el coche recién llegado, del que se habían apeado dos hombres. Ellos le vieron a él; y el más alto y delgado se detuvo en seco.

—¡Hola, Archie! —saludó Warren, deteniéndose ante él.

—Warren... —El teniente Archie Simpson le tendió la mano—. ¿Cómo estás?

Warren miró la mano, vaciló, y acabó por aceptarla. A fin de cuentas, quien podía negarse a ofrecer su mano era Simpson, considerando que lo hacía a un miembro de la policía que había sido expulsado del Departamento, con la consiguiente deshonra para éste.

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—Estupendamente —sonrió Simpson—. No sabía que... ¡Bueno! Uno pierde la cuenta del tiempo, ya sabes.

—Salí ayer.

—Sí, claro. Me alegro de veras, Warren. —Simpson vaciló un instante—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Desde luego. Entiendo que estás en el caso Mac Vay.

—Sí, en efecto —le miró, un poco sorprendido, Simpson.

—¿Y qué pasa ahora? ¿Han asesinado quizá a Brian Talbot?

—¿Ya lo sabes?

—Lo sé ahora. ¿Has hablado con Jesse?

—No... No lo he visto hoy. Me dejó recado esta mañana en casa, para que nos encontrásemos en el Departamento, pero no hemos podido coincidir. Él está en otro caso. —Simpson parpadeó—. El de Ronald Tammler. Si no recuerdo mal, Tammler era buen amigo tuyo.

—Sí. He heredado su agencia.

—¡Ah... vaya...!

—¿Puedo subir contigo? —señaló Warren hacia el portal.

Archibald Simpson se rascó la frente, pensativo.

—Mira, Warren, por mí no habría inconveniente alguno, pero Blodd está ahí arriba.

—No me importa. Además, quizá él se alegre de verme metido en esto... ¿Y qué hace Blodd ahí arriba?

—Lo ignoro. Yo estaba en el Departamento esperando a Jesse antes de irme a casa, cuando me han indicado que viniese inmediatamente aquí, pues había sido asesinado un hombre que era socio de Henry Mac Vay... ¿Para qué quieres subir?

—Henry Mac Vay había contratado a. Ron para cierta investigación. Y el lema de la *Tammler Investigations* ha sido siempre el de no abandonar jamás un caso hasta darlo por terminado.

—No conocía ese lema.

—Es nuevo. De ahora mismo.

Simpson movió la cabeza, sonriendo.

—Sube —autorizó—. Pero no me echas luego la culpa de lo que Blodd pueda hacer contigo.

—No te preocupes. Y gracias, Archie.

Naturalmente, Warren Holding no tuvo la menor dificultad en cruzar el círculo de vigilancia policial al ir acompañado del teniente

Simpson. Llegaron al tercer piso en ascensor, y al salir al pasillo vieron en seguida a los dos agentes de uniforme que vigilaban allí, uno en cada extremo. Había otro ante una de las puertas y fueron allá. Era la 320. Simpson entró en primer lugar. Había un pequeño recibidor, y a la izquierda, separada de aquél por una doble puerta corredera de cristales, estaba el *living*, en el que habían varios hombres.

Pero el espectáculo comenzaba allí mismo, en el recibidor: en el suelo, tendido cara al techo, con los ojos muy abiertos, había un hombre, con el pecho manchado de sangre. Un hombre de menos de cuarenta años, alto, de buena complexión... En el suelo, muy cerca de su mano derecha, se veía una pistola con silenciador.

El policía y el ex policía asomaron la cabeza al *living*, y vieron en seguida el otro cadáver, que estaba caído de bruces delante de un sillón.

Archie Simpson se volvió hacia Warren, con la sorpresa expresada en su rostro.

—Hay dos cadáveres...

—Uno de ellos es Brian Talbot —musitó Warren—. Este del recibidor es Charles Woosnak.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró de nuevo Simpson.

Warren no tuvo tiempo de contestar. Desde el *living* llegó una voz bien conocida por ambos:

—¡Ah, teniente! Por fin ha... —El capitán Ernest Blodd apareció, se calló de pronto, mirando fijamente a Warren, y frunció el ceño—. ¿Qué hace usted aquí, señor Holding?

—Estoy intentando colaborar con la policía. Pero puedo marcharme ahora mismo si lo desea.

—Su presencia aquí no deja de ser interesante, ¿no le parece?

—Puedo explicarla más satisfactoriamente.

—¿De veras? Me parece magnífico. Y también me parece magnífica su buena disposición para colaborar con la policía... Hablaremos de eso muy pronto —miró a Simpson—. Teniente, me parece que tendremos que trabajar juntos en esta ocasión.

—Será un honor para mí, señor —murmuró Simpson.

—He tomado parte directa en este asunto casualmente. El señor Pelgreen y yo vinimos a visitar...

—¿El último socio de la *Mac TAPE Fishing*? —saltó Warren.

—Sí —lo miró ceñudamente Blodd—. ¿Será tan amable de no interrumpirme, señor Holding?

—Lo lamento.

—Bien. —Blodd miró de nuevo a Simpson—. Como le decía, el señor Aaron Pelgreen y yo vinimos a visitar al señor Talbot. Como bien sabe, puesto que está investigando el caso, anoche mataron al señor Mac Vay, uno de los socios de la Mac TAPE Fishing. Hoy me llamó el señor Pelgreen para rogarme que viniera al apartamento del señor Talbot con él. Nos encontramos, y vinimos hacia aquí. Por el camino, el señor Pelgreen, con el que tengo una buena amistad hace algunos meses, me explicó que él y el señor Talbot tenían pensado solicitar de mí una investigación a fondo sobre ciertas personas... ¿Sí, señor Holding? —Frunció el ceño.

Warren bajó la mano que había alzado.

—Le interrumpo porque quizá mis palabras puedan serle de utilidad.

—Adelante, adelante, por favor.

—¿Esas personas eran los esposos Woosnak?

—En efecto —parpadeó Blodd—. ¿Cómo lo sabe?

—La *Tammler* está también tras ellas.

—¿Quiere decir que Ronald Tammler estaba también investigando a los Woosnak?

—¿No lo sabía usted?

—¿Yo? —Se pasmó Blodd—. ¡Claro que no! ¿Y por qué estaba la *Tammler* detrás de los Woosnak?

—El señor Mac Vay contrató a Ron Tammler. Entiendo que los Woosnak se han introducido, como socios, en la *Mac TAPE Fishing*, y aunque a mí me, parece que tardíamente, puesto que ya estaban admitidos, el señor Mac Vay encargó una investigación sobre ese matrimonio. Seguramente, el señor Pelgreen, único socio que queda con vida, estará al corriente de eso.

Ernest Blodd meditó unos segundos.

—Absurdo —movió la cabeza—. Sí el señor Pelgreen hubiese sabido eso, no habría recurrido a nuestra amistad para pedirme a mí que investigase a los Woosnak. ¿Para qué si ya estaba la *Tammler* en el asunto?

—Es razonable, lo que usted dice —admitió Warren.

—De todos modos, lo sabremos con seguridad en seguida, ya

que el señor Pelgreen ha venido conmigo. Lo llamaré... Espero que se haya repuesto de la impresión. Ha pasado un mal rato.

—Debía estimar mucho a sus socios, claro.

—No es sólo eso... Supongo que es la primera vez que ve matar a un hombre. Estábamos a punto de llamar a la puerta del apartamento, cuando se abrió. Nos quedamos sorprendidos los tres: Pelgreen, yo y ese hombre —señaló el cadáver del recibidor—. Y de pronto, ese tipo metió la mano en el bolsillo, muy alterado. Todavía no sé cómo pude reaccionar tan velozmente, pero saqué mi pistola casi al mismo tiempo que él, y antes de que pudiese disparar contra nosotros, yo disparé contra él. Luego encontramos al señor Talbot ahí dentro... Tiene dos balazos en la nuca.

—Igual que Ron Tammler y Henry Mac Vay —musitó Warren.

—Tal como están las cosas, señor —dijo Simpson—, creo que deberíamos llamar a Parks: parece que todo es el mismo asunto. Y aún me convenceré más de ello si ese hombre, tal como ha dicho Warren, es en efecto Charles Woosnak.

—Todavía no lo he tocado. —Blodd miró fijamente a Warren—. ¿Y cómo puede usted saber quién es este hombre, señor Holding?

—He estado con la señora Woosnak, y ella me ha dicho que su marido vino aquí, citado por el señor Talbot para hablar de negocios, ya que se habían asociado a la *Mac TAPE Fishing*.

—En efecto —asintió Blodd—. El señor Pelgreen así lo ha dicho: es Charles Woosnak. ¿Qué tenía usted que hablar con la señora Woosnak?

—Fui a estrujarla un poco.

—¿Estrujarla? —entornó los ojos Blodd.

—Sí, lo admito. Resulta que anoche, la señora Woosnak estuvo visitando al señor Mac Vay. A eso de las nueve menos cinco. Estuvo allí tres o cuatro minutos, salió corriendo, y regresó a su casa. Lo sé muy bien, porque yo era el encargado de seguirla por orden de Ron Tammler.

La fijeza de la mirada de Ernest Blodd era terrible.

—¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo, señor Holding?

—Por supuesto. Considerando la hora de la muerte del señor Mac Vay, podríamos pensar que fue la señora Woosnak quien lo asesinó.

—Santo cielo —exclamó Simpson—. ¡Todo eso no puede ser

posible!

—¿Qué es todo eso, teniente? —desvió Blodd hacia él la fijeza de su mirada.

—Bueno, señor... Parece que la cosa está clara. Al menos en teoría. Podríamos pensar que los esposos Woosnak, después de asociarse a la *Mac TAPE Fishing* se han dedicado a ir eliminando a los socios. Anoche, la señora Woosnak fue a matar al señor Mac Vay. Y esta noche, según entiendo, el señor Pelgreen y usted llegaron aquí precisamente cuando el señor Woosnak se disponía a marcharse después de matar al señor Talbot. ¿Conoce usted los estatutos de la *Mac TAPE Fishing*, señor?

—Por supuesto que no —parpadeó Blodd—. Y entiendo bien su idea, teniente. Voy a llamar al señor Pelgreen.

Entró en el *living*. Warren volvió a asomar la cabeza, le vio dirigirse hacia un hombre alto y grueso, de unos cincuenta años, que estaba hundido en un sillón, con la cabeza caída sobre el pecho, abatidísimo. Blodd le tocó en mi hombro, le dijo unas palabras, y el hombre se puso en pie para seguir a Blodd al recibidor.

—El señor Aaron Pelgreen —presentó Blodd—. Le presento al teniente Simpson, señor Pelgreen. Y al señor Holding, que ha dicho cosas muy interesantes... Parece ser que, últimamente, la *Mac TAPE Fishing* estaba compuesta por cinco socios: usted, Mac Vay, Talbot y los esposos Woosnak... ¿Es eso exacto?

—Sí... Sí.

—Bien. ¿Qué pasa con la compañía cuando fallece uno o varios de los socios?

Aaron Pelgreen se quedó mirando desconcertado a Blodd.

—¿Qué pasa con la compañía? No comprendo...

—Mire, señor Pelgreen. —Blodd le puso una mano en un hombro—. El señor Mac Vay y el señor Talbot han muerto. Supongamos que también usted hubiese... fallecido. ¿De quién sería la compañía entonces?

—Pues de los socios que quedasen, claro...

—En este caso, de los Woosnak, ¿no?

—Sí, claro... Ernest: ¿está usted insinuando...?

—Gracias al señor Holding, sabemos algo que parece confirmar lo que usted piensa, en efecto. Casi podríamos asegurar que la señora Woosnak mató anoche al señor Mac Vay. Y como usted sabe,

el señor Woosnak ha matado hace poco al señor Talbot. Si usted y yo no hubiésemos llegado tan oportunamente, y el señor Holding no nos hubiese informado sobre los pasos de la señora Woosnak, cabe pensar que esa pareja se habrían encargado también de usted muy pronto... ¿Qué sabe usted de los Woosnak, señor Pelgreen?

Éste, que se pasaba el pañuelo por la frente llena de sudor, comenzó a tartamudear.

—No... no sé gran cosa... Yo... yo... Bueno, ellos... ellos ofrecieron una cantidad para participar como socios en... en la compañía, y nosotros, los tres, aceptamos... Estábamos un poco apurados de dinero, y cien mil dólares nos... nos solucionaban muchas cosas.

—¿Los Woosnak invirtieron cien mil dólares?

—Sí... Sí, exactamente.

—Pues por esa cantidad, pensaban... heredar la *Mac TAPE*, según parece, señor Pelgreen. ¿Sabía usted que el señor Mac Vay encargó a una agencia de investigaciones que le consiguieran un informe completo sobre los Woosnak?

—No... No. Claro que no. Si lo hubiese sabido... ¿Henry hizo eso?

—Así lo asegura el señor Holding.

—Bueno... Henry era muy reservado, pero me creo perfectamente que hiciese tal cosa. Desde luego Brian y yo no lo sabíamos. Por eso le pedí que viniese conmigo esta noche, Ernest. Queríamos...

—Ya sabemos todo eso, señor Pelgreen. Lo mejor será que regrese usted a su casa. Mañana mismo le visitaré, para decirle cómo termina todo esto... Por supuesto, dos agentes le acompañarán, y con su permiso, se quedarán en su casa esta noche. ¿Le parece bien?

—¿Quiere... qui... quiere decir... que me van a... a proteger?

—El señor Woosnak ha muerto, y a la señora Woosnak la vamos a detener inmediatamente, así que, en mi opinión, todo ha terminado. Pero ahora le hablo como amigo, no como capitán de la policía, me gustaría que usted pasase la noche tranquilo, sin temer nada.

—Sí, comprendo. Buen, Ernest, es usted un buen amigo, sí... Acepto. Y gracias.

Aaron Pelgreen se despidió de Warren y el teniente Simpson, y salió del apartamento, acompañado de Blodd. Éste regresó un par de minutos más tarde, con aspecto preocupado.

—Pobre hombre...

—No tan pobre —dijo, rápidamente, Warren—: en estos momentos, muertos tres de sus socios, y a punto de ser encarcelada y quizá ejecutada por asesinato la señora Woosnak, el señor Pelgreen es el único propietario de la *Mac TAPE Fishing*.

Blodd y Simpson se quedaron mirándolo atónitos.

—Por el cielo, Warren —exclamó Simpson—. ¿Qué estás diciendo, hombre? ¡El señor Pelgreen estaba con el capitán, cuando Woosnak salía de matar a Talbot! ¿Qué estás pensando?

—Sí —apoyó Blodd—. Será mejor que nos diga qué está pensando, señor Holding.

—Estaba pensando en que la señora Woosnak me ha dicho hace poco más de media hora que cuando ella llegó a la casa de Henry Mac Vay, éste ya estaba muerto. Y que...

—¡Pero...! —empezó Simpson.

—Espere, teniente —cortó Blodd—. Siga, señor Holding.

—Y que su marido, Charles Woosnak, había venido aquí, citado por el señor Talbot, para sostener una conversación sobre la situación de los socios, tras el fallecimiento de uno de ellos, el señor Mac Vay.

—¿Eso podría significar que cuando Woosnak llegó aquí también, encontró muerto al señor Talbot, como le ocurrió a su mujer cuando fue a visitar a Mac Vay? —preguntó Blodd.

—Sólo he transmitido lo que me ha dicho la señora Woosnak —le miró fijamente Warren—. Y mi único deseo, en todo momento, es ayudar a la policía.

—Se lo agradecemos mucho —susurró Blodd—. Y por supuesto que sus palabras van a ser tenidas muy en cuenta.

—Las palabras de la señora Woosnak —puntualizó, escrupulosamente, Warren.

—Eso quería decir. Bien... Veremos si nos las repite a nosotros, porque, naturalmente, vamos a ir a detenerla ahora mismo... Encárguese de ello, teniente. El señor Holding podrá decirle, sin duda, dónde está la señora Woosnak.

—Vive en el 512 de Fullerton Park Avenue —asintió Warren—.

Allí la dejé, con el consejo de que se buscara un buen abogado, ya que al ser nuevos en Seattle, todavía no tenían uno fijo.

—¡Ah! —murmuró Blodd—. ¿Son nuevos en la ciudad? Muy interesante. ¿Quizá tiene algo más que decir, señor Holding?

—Por el momento no recuerdo nada que valga la pena.

—Pues, hijo, no ha sido poco lo que has dicho —exclamó Simpson—. ¿Salgo ahora mismo, señor?

—Desde luego. En cuanto al señor Holding, aun agradeciéndole mucho su colaboración, opino que ya no tiene nada más que hacer aquí... ¿O sí, señor Holding?

Warren miró el cadáver de Charles Woosnak, y luego hacia el *living*. Allí, en aquel apartamento, comenzaría muy pronto la labor de investigación, aunque la policía estuviese en conocimiento de todos los datos, prácticamente... Una labor que había sido la razón de vivir de Warren Holding durante casi doce años, y a la que había pensado dedicar toda su vida: la búsqueda y captura de delincuentes, la defensa de la ley, de la justicia, de las personas honradas. Por haber tomado parte en aquella investigación, Warren Holding habría dado cualquier cosa.

—No —murmuró—. No creo que tenga nada más que hacer aquí... No.

—En ese caso, ¡buenas noches! ¡Ah, señor Holding!, es más que posible que lleguemos a necesitarlo para confrontarlo con la señora Woosnak. ¿Dónde podemos encontrarle?

Warren estuvo a punto de gritar de alegría. ¿No era una pregunta necia aquélla? Ernest Blodd sabía perfectamente, desde aquella mañana, que él y Zina estaban en el *Mayflower Motel*, así que no tenía por qué hacer tal pregunta. Si la hacía era porque ahora sabía que ya no estaban en el *Mayflower*. Y si sabía esto, era porque se había molestado en interesarse por ellos, quizá enviando a los mismos dos hombres que habían querido matarlo...

—Le dije que en el *Mayflower Motel*... ¿No recuerda?

Captó el chispazo de sobresalto en los ojos de Blodd, pero éste se controló en seguida perfectamente.

—¡Ah, sí...! Bueno, si le necesitamos...

—Ya no estoy allí —sonrió Warren, mirándole fijamente—. Pero si me necesitan, llamen a la *Tammler*: su mensaje me llegaría en pocos minutos. Adiós, Archie.

Dio media vuelta y salió del apartamento, sonriendo duramente. Aunque quizá no estaba siendo ni listo ni prudente al alertar a Blodd haciéndole comprender que había captado su deslíz.

«Pero no he podido contenerme, no he podido privarme de esa satisfacción», se dijo.

Ya en la calle, fue adonde Lyn Spencer seguía esperando dentro de su coche. Se sentó junto a él, y le explicó rápidamente cómo estaban las cosas. Mientras tanto, vio salir al teniente Simpson con el mismo hombre que le acompañara al llegar, meterse en el coche y partir. Señaló el coche.

—Y ahí va mi viejo amigo Archie en busca de Karen Woosnak.

—¿Y si ella hubiese dicho la verdad? —murmuró Spencer—. ¿Y si todo hubiese sido una trampa contra ella y su marido?

—Así ha sido, en efecto.

Spencer le miró vivamente.

—¿Sí? —exclamó.

—Desde luego. No fue Henry Mac Vay quien cito a Karen Woosnak, sino otro hombre, disfrazando la voz, y diciendo que estaba resfriado. En cuanto a la llamada de Talbot a Charles Woosnak, ha debido ser auténtica, pero aún no he reflexionado bien sobre el truco empleado esta vez.

—Entonces..., ¿no han sido los Woosnak quienes han matado a Ron a Mac Vay a Talbot...?

—No. Pero ya verá como la versión de la policía será la siguiente: los Woosnak ingresan en la *Mac TAPE Fishing*, y luego se disponen, a asesinar a los otros socios, para, con sólo una aportación de cien mil dólares, quedarse con toda la compañía, Y como se enteran, quizá por Mac Vay, antes de matarlo, de que éste ha contratado a Ron Tammler para que los investigue, van a por Ron, le golpean para obligarle a decir qué ha descubierto sobre ellos, y luego lo matan, para que cesen las investigaciones que estaba llevando a cabo sobre los Woosnak. Ésa será la versión oficial.

—¡Caracoles! —Lyn Spencer miraba con expresión de pasmo a Warren—. ¡Ron tenía razón, usted piensa!

—Eso es normal, ¿no? —Le miró Warren con simpatía.

—¿De veras? Bueno, yo conozco algunas personas que en lugar de cabeza llevan una calabaza hueca. Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Vamos a descansar todos. La policía ha ido a detener a Karen, Woosnak, así que nada más podemos hacer.

—¿Lo va a dejar usted todo así? —Se mostró, incrédulo, Lyn Spencer.

—No —murmuró Warren—. Pero en la prisión aprendí al menos una cosa: saber esperar.

CAPÍTULO IX

—¿Hace mucho que esperáis? —preguntó Warren.

Jesse Parks y Archie Simpson movieron negativamente la cabeza, mirando a Lyn Spencer, que llegaba con Warren.

—No —dijo Parks—. ¿Quién es él?

—Lyn Spencer, la cabeza de turco de la *Tammler Investigations...* hasta que yo consiga la licencia de detective privado.

Spencer les tendió la mano, sonriendo, y diciendo que él sí conocía a los tenientes del Departamento de Policía. Acercó dos sillas, y Warren y él se sentaron a la mesa situada en la terraza de la cafetería.

—¿Realmente esperas conseguir esa licencia, Warren?

—Sí.

Simpson movió la cabeza.

—No quiero desanimarte, pero lo dudo. Y no te tomes a mal lo que voy a decirte: un hombre con tus antecedentes, es poco probable que...

—Tengo mis propios recursos. Podría incluso reingresar en la policía..., pero jamás lo haría. Me han herido demasiado profundamente.

Los dos tenientes lo miraban con gesto incrédulo, pero ninguno de ellos comentó nada sobre la seguridad de Warren de que podría reingresar en la policía: esto era totalmente absurdo.

—Las pruebas contra ti... —comenzó Simpson.

—Con sinceridad —cortó de nuevo Warren—: ¿vosotros las aceptasteis? ¿Vosotros creísteis que yo era culpable de todo aquello en lugar de Blodd?

Parks y Simpson cambiaron una mirada. Luego, los dos movieron negativamente la cabeza.

—Pero Warren —murmuró Parks—, ¿qué podíamos hacer? Si ni tú mismo fuiste capaz de salirte de aquella trampa..., ¿cómo podíamos nosotros sacarte de ella?

—No os estoy reprochando nada —se sorprendió Warren—. Vamos, no seáis niños, Jesse. Además, eso está olvidado. Quiero decir, la parte negativa del asunto. Por lo demás, yo también soy capaz de tender una trampa.

—¿Qué quieres decir?

—Lo explicaré en otro momento. Ahora una pregunta: ¿estáis dispuestos a ayudarme?

—¿A qué?

—A lo que sea.

Parks y Simpson volvieron a mirarse. Y esta vez movieron la cabeza con gesto afirmativo.

—De acuerdo. Ahora, decidme cómo ha terminado ese asunto de los Woosnak. ¿Qué ha ocurrido en estos dos días?

—¿Cómo? —se sorprendió Simpson—. ¿No sabes todavía que la señora Woosnak se mató con el coche?

—Sí. Eso lo sé... Cuando la policía llegó allá, ella se había marchado. Y cerca de la madrugada fue hallada muerta dentro de su coche, despeñado. Tuvo mala suerte en su intento de fuga, ¿no es así?

—Warren: ¿no quieres hablar claro con nosotros?

—Todavía no, Archie. Decidme lo que ha pasado en estos dos días. Por favor —casi respingó—: En síntesis.

—Karen y Charles Woosnak han sido considerados culpables de los asesinatos de Ron Tammler, Henry Mac Vay y Talbot.

—Como usted dijo —exclamó Spencer.

—Eso parece. ¿Qué más?

—La pistola que tenía encima Charles Woosnak...

—Encima, no —murmuró Warren—; la pistola que yo vi estaba en el suelo, junto a su mano. Pero no importa, seguid.

—Esa pistola, examinada por balística, ha resultado ser la que se utilizó para matar a Tammler, Talbot y Mac Vay.

—Naturalmente. Y, en definitiva, el señor Pelgreen se ha encontrado sin socios... y con una compañía que, con la inyección de los cien mil dólares aportados por los Woosnak, va viento en popa.

—Ése es un buen chiste —dijo Spencer—, porque como es una compañía que tiene barcos... Perdón.

—¿Qué más? —sonrió, prietamente, Warren.

—Bueno, es respecto a los Woosnak: estaban reclamados en Alaska.

—En Alaska... ¿Qué habían hecho allí?

—Robaron dos millones de dólares en un Banco. El FBI los estaba buscando. Dejaron algunas huellas, que fueron localizadas en sus archivos de Washington. Los verdaderos nombres de los Woosnak eran Randolph Tilden y Ada Barber. Con ellos iba otro sujeto, otro aventurero de altos vuelos, un tal James Lockwood, del que no se ha sabido nada más por el momento...

—Ni se sabrá nunca nada más. Los Woosnak debieron matarlo y enterrarlo por ahí, o tirarlo al mar, para quedarse con los dos millones para ellos solitos.

—Es muy posible —admitió Simpson—. En fin, parece que tenían buenos motivos para matar a Ron Tammler, ya que éste los estaba investigando...

—Vamos, vamos, Jesse...

—¿No? —Lo miró con chispeante ironía, Simpson.

—Claro que no. Fíjate bien. Los Woosnak eran tan listos, que en lugar de largarse lo más lejos posible de Alaska, como podría ser Miami, e incluso México, o cualquier otro país sudamericano o europeo, se quedan en Seattle, esto es, muy cerca de Alaska. Eso es ser listos. Pero además estaban muy seguros de que nada menos que el FBI no los iba a encontrar. Y si el FBI no conseguía descubrirlos, ¿lo iba a conseguir una agencia de investigación privada? Así que adelante: ¿cuál era el truco?

—Cirugía facial —sonrió Simpson de oreja a oreja—. ¡Oye! Este año de vacaciones no te ha embotado los sesos, ¿eh?

—Todo lo contrario. De acuerdo, cirugía facial, con lo que nadie podía reconocerlos con sus nuevas caras. Magnífico. En fin —suspiró—, que en Seattle también hacen de las suyas: invierten cien mil dólares en la *Mac TAPE*, y luego empiezan a asesinar para quedarse con esa compañía de pesca y conservas.

—Sí.

—¡Claro...! Y todo eso lo hacen dos personas que tienen detrás al FBI y que disponen de dos millones de dólares. De los cuales

invierten cien mil como cebo...

—¿No? —musitó Parks.

—Jesse: si tuvieses detrás tuyo al FBI, después de haber robado dos millones de dólares, ¿qué harías?

—Esconderme bajo tierra —masculló el policía.

—Entonces, ¿no invertirías dinero en una compañía para seguir haciendo de las tuyas?

—¿Por qué demonios tendría que complicarme la vida de ese modo si ya tenía dos millones de dólares?

Warren Holding asintió con la cabeza.

—Gracias por todo... ¿Me perdonáis un minuto?

—¡Claro! ¿Adónde vas?

—Al lavabo.

Se alejó, dejando boquiabiertos a los dos policías, y con aspecto evidentemente preocupado, a Lyn Spencer. Cuando Parks y Simpson lo miraron, se dieron cuenta de ello, por supuesto.

—¿Qué está tramando ahora Warren? —preguntó el primero.

Spencer miró alrededor y comentó:

—Hace, una hermosa noche de verano, ¿verdad?

—Escuche, Spencer...

—¿Qué hora es? Me parece que se ha parado mi reloj.

Simpson miró rápidamente el suyo.

—Las nueve y cinco. Mire, si Warren...

—¿Del día o de la noche? —interrumpió Lyn Spencer.

—De la noche —le miró torvamente el policía—. ¿Quiere que le diga las coordenadas geográficas del lugar y el tiempo que hace?

—No, señor —sonrió Spencer—, sé que estamos en Seattle, y que el tiempo es magnífico. Como decía, una estupenda noche de verano. Por cierto, podríamos tomar algo: invita la *Tammler*.

Durante unos segundos los dos policías estuvieron mirando fijamente a Lyn Spencer. Por fin, Parks suspiró.

—Tomaré un *whisky* con hielo —dijo.

—Lo mismo —murmuró Simpson.

—Entonces, serán tres —sonrió de nuevo Spencer, haciendo una seña a un camarero.

Diez minutos más tarde, los tres habían consumido la mitad de sus respectivos *whiskies*, y estaban fumando en silencio. Lyn Spencer miró su reloj y dijo:

—¿Me había preguntado usted algo, teniente?

—Sí. ¿Qué está tramando Warren?

—Verá usted... Mientras la policía atendía el asunto de los asesinatos de Henry Mac Vay, Brian Talbot y Ron Tammler, nosotros no hemos dejado de trabajar por nuestro lado. Solamente paramos ayer, un par de horas, para asistir en masa al entierro de Ron. Por lo demás, se puede decir que ningún empleado de la *Tammler* ha dormido en las últimas setenta y dos horas. A ninguno de nosotros nos ha gustado que asesinasen a Ron: era un hombre formidable.

—Admitido —musitó Parks—. ¿Qué clase de trabajo han estado haciendo en esas setenta y dos horas?

—Hemos estado buscando un coche.

—¿Y lo han encontrado?

—Esta tarde, hacia las siete. Hemos tardado tanto, porque el coche ha estado pasando de mano en mano últimamente, hasta llegar al actual y último propietario, que creemos es el que nos interesa. Se trata de un tal Peter Sherman, que, según parece, regenta una especie de *dancing* llamado *Love and Happiness*. Es un nombre absurdo, ¿verdad?

—¿Warren ha ido allá?

—Sí. Ha salido por otra puerta de la cafetería, y se ha marchado hace diez minutos.

—¿Qué tiene que hacer en ese *dancing*?

—Mucho me temo que tiene intenciones de partir unas cuantas caras.

—¿El solo?

—Sí. Es un hombre muy puntilloso.

—Está bien. Entonces, ¿para qué nos ha llamado si no necesitaba ayuda?

—Sí la necesita, pero no para lo que quiere hacer en el *Love and Happiness*. Lo que él desea es que nosotros esperemos aquí su llamada. Si antes de hora y media nos llama, nos dirá lo que tenemos que hacer. Si pasa hora y media sin que nos llame, es que le habrá ocurrido algo y entonces la policía debería encargarse de hacer una incursión en el *Love and Happiness*. ¿Comprenden?

—Desde luego. Está loco.

—No; señor. Bueno, si acaso es imprudente, temerario... Pero no

está loco. Lo que pasa es que en ese *dancing* espera encontrar a los dos tipos que quisieron matarlo a él, y que fueron los que mataron a Ron Tammler.

—¿Quisieron matar a Warren? —exclamó Parks.

—Sí, señor.

—Pero... Bueno, está bien. Pero ¿qué es eso de que los mismos dos tipos mataron a Ron Tammler? Se ha sabido que a Tammler lo mató Charles Woosnak, que también fue quien mató a Mac Vay y a Talbot, ¿no?

—No, señor. Los Woosnak fueron víctimas de una trampa... Según el señor Holding, el capitán Blodd asesinó a Charles Woosnak. Y la señora Woosnak fue llevada con su coche al lugar donde se despeñó. Es decir, donde la despeñaron. Pero creo que todo esto se lo explicará mucho mejor el señor Holding..., que por cierto —volvió a mirar su reloj— debe estar llegando ya al *Love and Happiness*...

CAPÍTULO X

Warren Holding, que se había apeado del taxi un par de manzanas antes de llegar al *Love ad Happiness*, estaba en aquel momento delante de este local, examinándolo críticamente desde la acera de enfrente. Las manos en los bolsillos, la cabeza baja, la boca cerrada en un pliegue hostil, contemplaba como fascinado aquel corazón de tubos de neón que se encendía y se apagaba en color rojo.

Estuvo allí un par de minutos. De pronto, cruzó la acera y la calzada, directo hacia la entrada del *dancing*. En la puerta había un hombre que lo miró críticamente, pero que se abstuvo de hacer el menor comentario. Y Warren Holding comprendió que aquel hombre había olido a policía. A fin de cuentas, doce años en una profesión imprimen un sello, un estilo, dan una imagen determinada en la mayoría de las personas.

Naturalmente, en el *dancing* se bailaba. Estaba lleno de muchachos y muchachas jóvenes, moviéndose al compás de una música estridente, terrible, salpicada con la voz histérica de un melenudo que, micrófono en mano, se agitaba en la tarima, desnudo de cintura para arriba pintarrajeado como un indio. Más o menos. En el techo había otro gran corazón de tubos de neón, encendiéndose y apagándose también, y ésa era toda la iluminación. Excepto la del bar, a la derecha de la entrada, que también era roja.

Se acercó allá e hizo una seña a un camarero, que acudió a toda prisa para atender a aquel cliente que no encajaba allí ni a martillazos.

—Quisiera ver al señor Sherman —alzó la voz Warren—. ¿Ha venido esta noche?

El camarero señaló hacia el fondo del local.

—Debe estar en su despacho —gritó.

Warren asintió, y se dirigió hacia allá, bordeando la masa de excitados bailarines, mirando aquella puerta del fondo del local, pero lanzando vistazos de modo especial a las muchachas, la mayoría tan jóvenes, que producía una especie de tristeza verlas allí...

Y de pronto, Warren Holding se detuvo en seco. Se quedó mirando a una de las muchachas, de cuerpo tremendo, que brincaba por secciones, en especial la alta. Llevaba una blusita escotadísima, que ciertamente, de un momento a otro resultaría insuficiente para contener todo aquello. Durante unos segundos, Warren estuvo mirándola en verdad atónito. Pero poco a poco, en sus ojos fue apareciendo la luz de la comprensión. Y esa comprensión provocó un golpe de sangre en su cabeza, como si fuese a estallar. Era la clásica reacción física de Warren Holding cuando se sentía súbitamente invadido por la ira.

Fue hacia allí, y se colocó junto a la muchacha, que no le hizo el menor caso. En realidad, ni siquiera le hacía caso al muchacho que se movía ante ella. Parecía en éxtasis... Pero de pronto debió notar la presencia de aquel hombre que no bailaba, y lo miró.

Pese a la luz roja del gran corazón de tubos de neón en el techo, fue visible la brusca palidez de la chica, que se quedó inmóvil. Warren dio dos pasos, la tomó del brazo, y tiró de ella, sin mirar al muchacho, que se limitó a volverse orientándose hacia otra muchacha.

La que Warren llevaba del brazo parecía una muñequita mecánica provista de cuerda. Caminaba y eso era todo. Warren abrió la puerta del, fondo, hizo pasar a la muchacha, pasó él, y cerró la puerta. Se encontraban en lo que podía definirse como un vestíbulo, al que seguía un pasillo con puertas a ambos lados. La iluminación la proporcionaban ahora tres bombillas, una en el vestíbulo y dos en el pasillo.

Warren se quedó mirando con frío sarcasmo a la asustada muchacha.

—¿Por qué no me repites ahora eso de marica, nena? —invitó.

La muchacha se mordió los labios, y sus ojos giraron velozmente hacia todos lados, como esperando un milagro salvador.

—¿Eres muda, guapa moza? —insistió Warren—. O quizá

simplemente seas muy tímida... ¿Es eso, angelito?

—¿Qué... qué quiere usted? No le conozco, no sé lo... ¡Plaf!

El tremendo tortazo tiró a la muchacha contra la pared de la izquierda. Y al rebote, Warren la asió por la blusita, que dejó escapar casi todo su contenido.

—Este trastazo debió dártelo tu padre en su día, guapa moza —aseguró—, y quizá de ese modo no habrías tomado una ruta equivocada. Pero ¿qué te parece? ¡El mundo es un pañuelo! ¿No se dice así? Aunque yo más bien diría que es un cubo de basura...

—¡Suélteme! —gimió la muchacha—. ¡Suélteme; yo no he hecho nada, nada...!

—Claro que no. Pero eso fue porque yo no piqué en el anzuelo. Y dime; ¿dónde está tu amiguita? Cuidado con la respuesta, o te dejo sin dientes. Ya sabes que me estoy refiriendo a la que iba contigo en el coche con el que me estabais esperando cuando salí de la prisión... ¿Me recuerdas ahora?

—No... No.

—¿Cómo te llamas?

—Susy.

—Muy bien, Mira, Susy, no tengo por costumbre andar a golpes con jovencitas, pero ya he empezado, y quizá no pueda detenerme. ¿Te gustaría llevar dentadura postiza?

—¡Susy Hodges! —gritó la muchacha.

—¿Y tu amiguita?

—Mary Anne Foster... ¡No hemos hecho nada!

—Claro que no habéis hecho nada... conmigo. Y fue porque yo no quise. ¿Quién os envió a tenderme la trampa? ¿Quién? —Dio un tirón de la blusita.

—Peter... ¡Peter Sherman!

—¡Ah...! ¿No está tu amiguita en esa sala de locos?

—No... Hoy no le toca venir.

—No le toca venir... ¿Quieres decir que tenéis turnos?

—Sí, sí.

—Turnos..., ¿para qué?

Susy Hodges volvió a palidecer, y se mordió los labios. Estaba tan asustada, que Warren sintió una cierta compasión por ella. Asustadísima.

—¿Sabes cuál es la puerta del despacho de Sherman?

—Si.

—Vamos allá. Llegas, abres y entras en seguida. ¿Lo entiendes?

Susy asintió, y comenzó a caminar, arreglándose la blusita. Se detuvo ante una puerta, aspiró hondo, y la empujó, entrando rápidamente. Warren lo hizo detrás, mirando a todos lados. Vio en el acto la mesa de despacho, y tras ella al hombre que alzó la cabeza, vio a Susy, frunció el ceño, vio entonces a Warren... y palideció intensamente. Su siguiente reacción fue bajar la mano derecha hacia uno de los cajones de ese lado de la mesa.

—¿Sabe lo que es esto, Sherman? —preguntó Warren, adelantando su mano, con la pistola de Ron Tammlier en ella.

Peter Sherman la vio, y quedó inmóvil. Luego, lentamente, colocó ambas manos sobre la mesa, bien visibles y separadas.

—Me parece que sí lo sabe —musitó Warren—. Ahora salga de ahí, hacia el centro del despacho, con las manos juntas, tras el pescuezo. Los dedos entrelazados. Susy, tú ve a sentarte en ese sillón, de modo que quedes de frente a mí.

Los dos obedecieron. Warren se acercó a Sherman, le pasó la mano izquierda por el cuerpo, asintió, y guardó su pistola. Pero quizá era más amenazadora su mirada que el arma. Ante él, Sherman, Con las manos en la nuca, tragó saliva.

—En realidad —murmuró Warren—, siempre he sido un hombre de suerte. Cuando venía hacia aquí pensaba que iba a ser difícil convencerle a usted de que debía darme explicaciones, pero resulta que en seguida veo a Susy, y entonces comprendo que todo va a ser mucho más sencillo. Vamos por partes: ¿las envió usted, a ella y a su amiguita Mary Anne, a esperarme a la salida de la prisión?

—No sé de qué me hab...

Fue un puñetazo escalofriante. Lo recibió Sherman en pleno estómago, pero fue Susy quien saltó en el sillón, aterrada, emitiendo un grito de conejito.

—¡Tú siéntate! —ordenó Warren, sin mirarla—. Y usted, Sherman, ¿qué me contesta?

Peter Sherman, que se había doblado al recibir el puñetazo, acabó de caer al suelo, de bruces, y se quedó inmóvil. Warren Holding alzó las cejas, como quien no comprende. Luego, al parecer admirado por la poca resistencia de aquel hombre, lo asió por el cuello de la chaqueta, lo puso en pie, y le abofeteó de revés y de

derecho, con una fuerza seca, terrible. Sherman reaccionó, se agitó... Warren lo soltó entonces, y le disparó el puño a la barbilla. Se oyó un crujido, y Sherman salió volando hacia atrás, para caer de espaldas, sin conocimiento.

Warren miró a la horrorizada Susy.

—Estoy seguro de que hay algo de beber por aquí. Dale un trago... ¡Muévete!

La muchacha volvió a saltar del sillón, mientras Warren agarraba de nuevo a Sherman por el cuello de la chaqueta, lo alzaba y lo tiraba sobre un sillón, donde quedó como muerto. Susy se acercó, con una botella en sus temblorosas manos. A una señal de Warren se inclinó sobre Sherman, y comenzó a verterle *whisky* en la boca... Se oía el sonido del cristal contra los dientes de Sherman.

—Le estás manchando el traje. Ten más cuidado, Susy.

Peter Sherman tardó un par de minutos en estar de nuevo en condiciones de atender el interrogatorio de Warren, que se plantó ante él con las manos en la cintura.

—Sherman, usted envió a Mary Anne y a Susy a esperarme a la salida de la prisión. Quería que me fuese con ellas a algún nidito encantador, y que cuando estuviésemos los tres en plena juerga, apareciese la policía. Con lo cual, habida cuenta de que ambos angelitos son menores de edad, se puede decir que yo habría vuelto a la prisión apenas salir. Y esta vez, por más tiempo. ¿Correcto?

Sherman se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Fue idea de usted? Yo creo que no... ¿Recibió instrucciones de Ernest Blodd?

Otra vez, Sherman movió afirmativamente la cabeza.

—¡Está bien! Quería meterme de nuevo en la cárcel. Pero luego envió a dos tipos a matarme. ¿Ya no era suficiente con meterme de nuevo entre rejas? ¿Había que quitarme definitivamente de la circulación?

—Sí... Sí.

—¿Por qué este cambio tan radical? ¿Por qué había que encarcelarme por la mañana..., y por la noche era mejor matarme?

—No sé.

—Pues se lo diré yo: había que matarme, porque yo ya estaba en contacto con Ron Tammmler, el cual estaba investigando a los Woosnak. Y Blodd no quería que los Woosnak fuesen investigados...

¿Sabe por qué?

—No.

—Yo sí: porque él ya sabía quiénes eran. No sé cómo lo supo, pero lo supo. Y entonces, tuvo una idea genial: matar a los socios de la *Mac TAPE Fishing*, pero haciendo las cosas de tal modo, que pareciese, que lo habían hecho los Woosnak, lo cual no sorprendería a nadie cuando, al investigar las huellas digitales de los Woosnak, o de uno, de ellos, se descubriese qué eran los autores del robo de dos millones de dólares en Alaska. Así pues, Mac Vay y Talbot muertos, y los Woosnak también, pero de tal modo que parecían ellos los asesinos de Talbot y Mac Vay, sólo quedaba un socio en la *Mac TAPE Fishing*: Aaron Pelgreen, amigo de Blodd. Y por supuesto, ambos están de acuerdo en todo esto, de modo que se quedarán con la compañía, y con los dos millones que pusieron en ella los Woosnak. No cien mil dólares, sino dos millones. ¿Y sabe por qué la mentira? Pues porque al señor Pelgreen se le obligará a devolver esos cien mil dólares, que se supone forman parte de los robados en Alaska... Pero del millón novecientos mil dólares restantes, ni rastro. Se quedarán... o se quedarían en los bolsillos de Blodd y Pelgreen... Por eso había que matar a Ron, para que no se anticipase a los planes de Blodd y Pelgreen si llegaba a descubrir la verdadera identidad de los Woosnak, pues entonces les habría privado de los culpables oficiales de las muertes de Mac Vay y Talbot. Y cuando yo entré en contacto con Ron Tammler, también me convertí en peligroso. Especialmente para Blodd, que me conoce bien. Así pues, cambió las órdenes con respecto a mí: había que matarme también. Y como yo escapé, fueron a por Ron, cosa que, de todos modos, tenían que hacer, y antes de matarlo quisieron obligarle a que les dijese dónde estaba yo... ¿Es así, Sherman?

Peter Sherman no contestó. Tenía la cabeza baja, eso era todo. Pero Warren interpretó con toda exactitud su abatimiento.

—Está bien. ¿Dónde puedo encontrar a esos tipos y cómo se llaman?

—No sé.

—Utilizaron su coche, Sherman. Y precisamente por el coche le he encontrado a usted... Si vuelve a decirme que no sabe dónde están esos sujetos y sus nombres, va a pasar los momentos más amargos de su vida.

—Hewitt y Palmer —casi sollozó Sherman—. Están en una pensión en el 312 de Alderman Street.

—¿Estarán allí ahora?

—Si por hoy se han cansado de buscarlo a usted, sí.

—Entiendo. Siga ahí sentado.

Y Warren Holding descolgó el auricular del teléfono que había sobre la mesa del despacho de Peter Sherman.

Eran las veintiuna horas y cuarenta y ocho minutos.

CAPÍTULO XI

—Son casi las doce —farfulló Hewitt, mirando su reloj—. ¡Maldita sea! ¿Es que vamos a pasarnos la vida buscando a ese tipo? Debe haberse escondido bajo tierra, el muy puerco.

—Yo estoy reventado —aseguró Palmer—: voy a quedar como muerto en la cama. Y como esta noche ronques te estrangulo.

—¡Vete al demonio!

El ascensor se detuvo. Salieron, lo devolvieron abajo, y caminaron por el pasillo de la pensión. Hewitt metió la llave en la cerradura.

—Tarde o temprano lo encontraremos —masculó—. ¡Y te juro que va a ser uno de los tipos que me habré cargado con más gusto!

—Tómatalo con calma. No olvides que es... o fue policía, así que se las sabe todas. ¿Quedó cerveza? Me voy a beber...

Hewitt encendió la luz, entró, y Palmer lo hizo tras él, cerrando la puerta de un taconazo. Dio un paso, pero la puerta terminó de cerrarse, y entonces vio algo a su derecha. Volvió la cabeza y palideció, enmudeciendo bruscamente. Hewitt giró a medias, diciendo:

—La cerveza hincha el est...

También enmudeció bruscamente y palideció.

A un lado de la puerta, pistola en mano, Warren Holding los saludó con un leve gesto de cabeza, alzando la barbilla.

—¿Qué tal, Hewitt, Palmer?

Hewitt acabó de volverse, y se pasó la lengua por los labios, como si fuese él y no Palmer quien tuviese mucha sed. Por su parte, Palmer parecía una estatua.

—¿No me recuerdan? —se sorprendió Warren Holding—. Sí, hombres... El tipo al que quisieron darle un paseo la otra noche.

Además, tengo la impresión de que las palabras que he oído a través de la puerta se referían a mí. Me buscaban, ¿verdad? Bueno: pues ya me han encontrado.

Palmer y Hewitt notaron un denso y prolongado frío en la espalda mientras contemplaban los ojos de Warren Holding. Quizá eran realmente de hielo, y por eso sentían aquel frío... Sí, parecían de hielo.

—¿Se han quedado mudos? No importa. Ante todo, saquen sus pistolas, déjenlas caer al suelo, y empújenlas con el pie hacia mí. Naturalmente —pareció que sus ojos terminaban de congelarse—, nada me complacería tanto como que intentasen matarme también en estas circunstancias.

Hewitt y Palmer comprendieron perfectamente la idea de Warren, así que sacaron sus pistolas con todo cuidado, las dejaron caer, y las empujaron con un pie hacia el ex policía. Éste se colocó ante el pestillo de la puerta, lo desplazó y abrió. Con el pie empujó al pasillo las dos pistolas, y luego tiró la suya también al pasillo. Cerró la puerta, y se quedó mirando fijamente a uno y otro, como calculando cuál podía estar más tierno. Se quitó la chaqueta y la dejó cuidadosamente en una banqueta.

—Tengo un recado para ustedes de parte de Ron Tammler —dijo, mientras se subía las mangas de la camisa—; espero que lo entiendan. Es muy claro.

Palmer y Hewitt cambiaron una mirada de incredulidad y de esperanza al mismo tiempo.

—A menos —pareció reflexionar Warren— que no fuesen ustedes quienes visitaron a Ron. ¿Fueron ustedes?

—Sí —sonrió Palmer, quitándose la chaqueta.

—Nosotros; en efecto —le imitó Hewitt, también sonriendo.

—Muy bien. Ustedes. —Warren les miraba impávido— son unos asesinos, y creen que por eso lo saben todo, respecto a enfrentamiento de tipo personal. Yo les voy a demostrar que, en cuanto al modo de romper a un nombre a golpes, no tienen ni idea.

Adelantó rápidamente dos pasos hacia Hewitt, alzando los puños, y cuando Hewitt alzó sus brazos para cubrirse, se produjo, la primera sorpresa: en lugar de atacar a Hewitt, Warren lanzó un puntapié a Palmer, alcanzándole exactamente entre las ingles. Palmer quedó del color de la leche, con los ojos fuera de las órbitas,

la boca desencajada... Y mientras Hewitt, sorprendido, no era capaz de reaccionar, Warren se encaró de nuevo con él, y disparó su puño derecho.

La nariz de Hewitt crujió como si fuese de pasta de galleta, y el asesino saltó hacia atrás, lanzando un chorro de sangre por el apéndice nasal, prácticamente hundido en el rostro. Chocó de espaldas contra la pared, y cayó de bruces al parecer tan muerto como aparentaba estarlo Palmer, también caído de bruces ahora...

En la puerta de la habitación sonaron unos golpes, al mismo tiempo que una voz la atravesaba:

—Warren... ¡Warren!

El ex policía ni siquiera, volvió la cabeza. Se acercó a Palmer, y lo puso en pie, sujetándolo por los cabellos con la mano izquierda. La derecha, cerrada en durísimo puño, aplastó la boca del asesino, que salió despedido contra la puerta para rebotar en ella y caer nuevamente de bruces...

—¡Warren! ¡Abre la puerta o la echamos abajo!

Evidentemente, Warren Holding había quedado sordomudo.

Se acercó a Hewitt, lo puso en pie también y recibió sin pestañear el puñetazo que el asesino descargó en su estómago.

Su respuesta fue terrible, espantosa: su puño derecho se hundió en el ojo izquierdo de Hewitt...

—¡Warren! ¡Abre la puerta! —insistía la voz del teniente Jesse Parks.

Pero Warren estaba contemplando a Hewitt, arrugándose ante él, tendido en el suelo. Sí, estaba de nuevo en el suelo arrugándose, encogiéndose como una corteza de tocino puesta al fuego. El ex policía movió la cabeza y se acercó al asesino...

En la puerta comenzaron a sonar fuertes golpes.

Pero Jesse Parks, Archibald Simpson y Lyn Spencer tardaron casi un minuto en derribarla.

CAPÍTULO XII

Ernest Blodd llamó a la puerta de aquel *bungalow* cerca de la playa. Y al mismo tiempo, miraba a derecha, izquierda y atrás, mientras con el codo izquierdo apretaba la pistola contra su costado, como queriendo asegurarse de que seguía allí.

No había nadie a la vista. Eran las once de la mañana, y el sol lucía espléndido en el cielo radiantemente azul, reflejándose en los cristales de su coche, estacionado delante de la cabaña. Era un lugar tranquilo, solitario... Perfecto.

Iba a volver a llamar cuando la puerta se abrió, y Warren Holding quedó visible. Durante un instante, las miradas de ambos hombres chocaron como si fuesen tangibles, duras.

—Gracias por venir —murmuró Warren—. Pase, por favor.

Ernest Blodd vaciló un instante. Luego, entró, dirigiendo un rápido vistazo a todos lados. Era un simple *living*, en cuyo fondo se veían tres puertas: la de la cocina, la del baño, y la del dormitorio... De éste salía, en aquel momento, Zina Marsh-Layton, poniéndose una encantadora batita sobre un diminuto camisoncito. Por detrás de ella y por entre la puerta y el marco, Blodd vio la cama, abierta.

—Le agradecemos que haya venido, capitán —saludó Zina—. ¿No quiere sentarse?

—Estoy bien de pie, gracias.

—¿Café? Ya debe estar prep...

—No quiero café, señorita Marsh. Lo único que quiero —se volvió hacia Warren— es que el señor Holding se explique. Tengo mucho trabajo en el Departamento.

—¿Ha venido solo? —preguntó Warren.

—Desde luego.

—Sí, Claro... Le creo. No localizó a Hewitt, ni a Palmer, ni a

Sherman, ¿verdad?

Hubo un brevísimo destello de sobresalto en los ojos de Ernest Blodd, pero su voz sonó tranquila, despectiva.

—¿De qué está hablando, señor Holding?

Zina había encendido dos cigarrillos. Ofreció uno a Warren, se sentó en el sofá, mostrando casi completamente sus bellísimas piernas doradas, por el sol, y se quedó mirando con gran atención a Blodd. Lo miraba como si fuese algo así como un jeroglífico que ella no podía descifrar en modo alguno.

—¿De verdad no quiere sentarse? —insistió.

—No.

Warren sí fue a sentarse junto a Zina, que le sonrió dulcemente y le tomó una mano. Ernest Blodd comenzó a sentirse de verdad inquieto contemplando a aquella pareja notable: anguloso, seco y fuerte él; suave, esbelta, de bellísimas formas ella.

Sí. Muy inquieto, porque si Holding había mencionado a Hewitt, Palmer y Sherman...

—Celebraremos la conferencia con usted de pie, entonces —dijo de pronto Warren—. Por mí no hay inconveniente. Bien: vamos a hacer un trato usted y yo, capitán.

—Lo dudo —sonrió despectivamente Blodd.

—Pronto dejará de dudar cuando le diga que lo sé todo.

—¿Todo?

—Todo.

—Pues es usted un hombre admirable, Holding. No creo que hayan muchos que puedan decir que lo saben todo.

—Naturalmente, me estoy refiriendo al asunto de la *Mac TAPE Fishing*. Ésa es una de sus porquerías. También sé todo lo referente al *Love and Happiness*... ¿Le suena este nombre?

—No —musitó Blodd.

—Yo creo que sí. El *Love and Happiness* es un *dancing* a cuya dirección se halla un tipo llamado Peter Sherman. Anoche, entre mis hombres y yo, cazamos a Sherman.

—¿Sus hombres?

—Los de la *Tammer*. Cazamos a Sherman, a Hewitt y a Palmer. Estos dos últimos, son los que quisieron matarme hace unas noches... Conseguimos localizarlos gracias al coche de Sherman. Primero lo localizamos a él, claro. Y él nos dijo dónde podríamos

encontrar a Hewitt y Palmer. Con una buena paliza, los ablandamos de tal modo, que nos explicaron un largo e interesante cuento. ¿Se lo explico?

—Quizá sea interesante.

—Lo es. Peter Sherman es un puerco vendedor de estupefacientes, que se consideraba muy seguro porque usted le protegía... a cambio de una buena asignación anual, ¡claro está! Hewitt y Palmer son sus matones de confianza, por si alguna vez algún cliente se ponía difícil: lo eliminaban y listo. En cuanto a los estupefacientes, eran casi siempre distribuidos en el *Love and Happiness* por unas cuantas muchachas. Dos de ellas se llaman Susy y Mary Anne... También las tenemos. Por cierto que estas dos chicas me llamaron marica cuando no caí en la trampa que usted ideó para cuando saliese de la prisión. Vamos, Blodd... ¿No me conoce lo suficiente para saber que yo no aceptaría esa porquería con unas menores?

—Está usted delirando.

—De todos modos —prosiguió Warren—, el truco fue bueno, y debo confesar que no sospeché lo más mínimo. Pero cuando fui al *Love and Happiness* y vi a Susy... ¡Ah! Entonces, se hizo la luz en mi cerebro. Pero todo eso de Sherman, vamos a dejarlo. Del mismo modo que vamos a dejar las demás porquerías que usted tiene en marcha por toda la ciudad... A menos que usted no acepte mi proposición; mi trato.

—¿Qué trato?

—Ese trato está referido exclusivamente al asunto de la *Mac TAPE Fishing*. Si lo acepta, yo me coseré la boca. Si no acepta, no sólo informaré de él, sino de lo de Sherman. Y a partir de ahí, usted tendría que confesar todas sus marranerías..., por acusarle de las cuales me pasé un año en la cárcel. ¿Está claro?

—¿Qué trato? —insistió Blodd, rígido.

—No vamos a explicarlo todo, puesto que los dos lo conocemos. Sabemos que usted mató a Talbot y a Mac Vay...

—¿Está loco?

—No. A Ron Tammler lo mataron Hewitt y Palmer, pero a Henry Mac Vay y a Brian Talbot los mató usted, Naturalmente, en todo momento utilizaron la misma pistola, puesto que todo estaba encaminado a que los Woosnak apareciesen como culpables al

encontrar la pistola junto al cadáver de Charles Woosnak. Sí, usted mató a Mac Vay y engañó a Karen Woosnak, disfrazando su voz, y diciendo que era Mac Vay, que estaba resfriado. En cuanto a Talbot, usted y Pelgreen estaban allí cuando llegó Woosnak. A éste lo llamó, en efecto, Talbot, que no iba a sospechar que su socio y el honradísimo capitán Ernest Blodd tenían ciertos propósitos. Ustedes estaban con Talbot, y cuando vieron llegar a Woosnak, lo mataron. Luego, salieron del apartamento. Woosnak llegó, encontró la puerta abierta, entró, y al ver el cadáver de Talbot salió corriendo. Entonces, usted lo mató con su pistola, y puso la otra junto a él después de borrar sus huellas e imprimir las de Woosnak. Mientras tanto, Hewitt y Palmer vieron salir de su casa a la señora Woosnak, que, de todos modos, estaba condenada a muerte. La cazaron, se la llevaron con su coche y la despeñaron. Ninguno de los Woosnak debía quedar vivo, porque entonces habrían sido detenidos como autores del robo de dos millones de dólares en Alaska, y, claro, habrían dicho que habían entregado los dos millones a la *Mac TAPE*, no sólo cien mil dólares, que son los que Pelgreen tendrá que devolver, cuando se demuestre que los Woosnak eran Randolph Tilden y Ada Barber, autores del robo en Alaska. Usted los identificó, y les fue a visitar. Les dijo que los iba a delatar, a menos que invirtiesen todo el dinero en la *Mac TAPE Fishing*. Un chantaje, otra cochinada de usted, que debió delatarlos, ¿no le parece? Pero no... La otra idea era mejor: ellos entregan el dinero a la compañía, simulando que sólo entregan cien mil dólares. Luego, usted se puso de acuerdo con Pelgreen, eliminaron a Mac Vay y a Talbot, hicieron lo mismo con los Woosnak, y ahora resulta que éstos eran unos ladrones, que gastaron cien mil dólares para luego asesinar a los socios y quedarse con todo..., y que el asunto les salió mal. La policía y el FBI se van a volver locos buscando el millón novecientos mil dólares que faltan, capitán... Pero yo, no. Ése es mi trato: si usted y Aaron Pelgreen quieren disfrutar de la *Mac TAPE* y de ese millón novecientos mil dólares, tendrán que repartir.

—¿Con usted?

—Naturalmente.

—¿Cuánto quiere?

—Cambiemos por unos segundos, los papeles. Póngase en mi lugar, imagine que ha sido usted el que ha pasado un año en la

cárcel... ¿Cuánto pediría, Blodd?

—No lo sé.

—Yo, sí: quiero un millón redondo.

—¡Está loco!

—A ustedes les quedan novecientos mil dólares y la compañía. Aparte de que usted seguirá teniendo las... rentas de sus porquerías como esa del *Love and Happiness*. Le recuerdo que mis hombres tienen a las chicas, a Sherman, a Hewitt y a Palmer... Por cierto, estos dos últimos están en condiciones de ser llevados, cuanto antes, a un hospital. Quizá se salven.

—¿Y si Pelgreen y yo pagamos?

—Asuntó olvidado.

—Pero sus empleados de la *Tammler* saben todo esto... Y la señorita Marsh, también...

—Mis empleados han trabajado dirigidos por mí, así que, en realidad, no saben prácticamente nada. En cuanto a Zina, lo único que ella quiere es lo que yo quiera... ¿No es cierto, Zina?

—Sí, mi amor —sonrió la muchacha, besando a Warren en una oreja.

—Bien —miraba fijamente Warren a Blodd—. ¿Qué contesta, capitán?

Ernest Blodd parpadeó. De pronto, sacó la pistola y apuntó hacia ellos.

—Usted, Holding, nunca ha sido demasiado listo —jadeó—. En lugar de ponerse contra mí, hace un año, debió ponerse a mi lado, y las cosas le habrían ido mucho mejor... en todo momento. Tampoco ahora ha sido listo: ¿no comprende que es demasiado riesgo dejarles vivos a los dos?

—Entonces..., ¿piensa matarnos? ¿Igual que a Mac Vay, que a Talbot, que a Woosnak..., y quién sabe a cuántos más; a todos los que sean necesarios?

—Sí. Usted es un estúpido que...

—¡Suelte la pistola, capitán!

Ernest Blodd miró vivamente hacia el dormitorio, en cuya puerta había notado el movimiento... Y vio allá, pistola en mano, al teniente Parks, junto al cual aparecía el teniente Simpson, tan lívido como su compañero, pero empuñando asimismo firmemente su pistola y exigiendo, con voz ronca:

—¡Sí, suéltela, capitán!

También Blodd había palidecido, al comprender quién era allí el estúpido. Casi se mareó, cuando la verdad estalló en su mente: no habían sido sólo los de la *Tammler* quienes habían estado trabajando aquella noche en el asunto, sino también los malditos Parks y Simpson... Entre todos, tenían realmente prisioneros a Sherman y a los demás. Por eso, ni Sherman, ni Hewitt, ni Palmer habían contestado a sus llamadas de hacía una hora, cuando quiso decirles dónde estaba Warren Holding, para que fuesen a matarlo. Y por eso había tenido que ir él, cayendo en una maldita trampa que...

Ernest Blodd lanzó de pronto un chillido de rabia, comenzó a alzar más la mano armada para apuntar a Warren...

¡Pack! ¡Pack!

Los disparos efectuados por Simpson y Parks restallaron simultáneamente. La bala disparada por el primero destrozó la mano de Blodd, y la disparada por el segundo le acertó en un hombro, derribándolo, aullando de dolor... Pero, tendido en el suelo, sangrante, Ernest Blodd dejó de chillar cuando, por detrás de los dos tenientes, aparecieron más personas: el juez Lorigan, el fiscal Samuelson, el ayudante del gobernador del estado... Todos lívidos como cadáveres, mirándolo fijamente, en silencio.

El primero en moverse fue Parks. Se acercó a la pistola de Blodd y la recogió.

—¿Está bien, señorita Marsh? —murmuró.

—Sólo un poco asustada —intentó sonreír Zina.

El juez Lorigan se acercó a ellos, y se quedó mirando a Warren, que había inclinado la cabeza sobre el pecho, como queriendo ocultar su expresión sombría.

—Lo siento —dijo, con voz tensa el juez—. Teniente Holding, lo...

—No soy teniente —dijo Warren, alzando la cabeza—. Y usted lo sabe muy bien, juez Lorigan, porque fue quien me envió a la cárcel.

—Lo siento —insistió el atribulado personaje—. Lo siento de veras, Holding. Pero yo no...

—No importa... No importa, de verdad. Ni usted ni nadie tuvo la culpa... Nadie excepto Blodd, naturalmente. No puedo culpar de

nada a los demás. Gracias por venir... Gracias a todos.

El ayudante del gobernador se colocó ante él.

—Escuche, señor Holding, yo voy a explicarle todo esto al señor gobernador, y le aseguro que él volverá a colocarle donde usted se merece. Su grado de teniente...

—No.

—¿No quiere regresar a su puesto, reivindicado? Pero... Bueno, le estoy ofreciendo lo que me han asegurado que más desea usted en la vida...

—Ya no, señor Darwell. No podría volver al Departamento. No quiero volver allí. Tengo una agencia... Un legado de un hombre que dio su vida por mi causa; que estuvo trabajando por mí mientras yo estaba en la cárcel. No soy un traidor: la *Tammler* seguirá adelante en las manos que Ronald Tammler deseaba: las mías. Eso... si puedo conseguir una licencia de investigador privado, pero...

—La tendrá hoy mismo —aseguró Darwell—. ¿Qué más podemos hacer por usted?

—Archie —llamó Warren.

Simpson, que estaba examinando las heridas de Ernest Blodd, volvió la cabeza hacia su ex compañero, pero siempre amigo.

—¿Sí, Warren?

—¿Puedes llamar inmediatamente para que venga una ambulancia a por Blodd?

—Claro.

—Pues hazlo ya. Me gustaría que quedases libre para que, junto con Jesse, seáis los testigos de mi boda.

—¿Qué boda? —Se asió Simpson.

—La que el juez Lorigan va a celebrar ahora mismo... ¿Es posible eso, señor juez?

EPÍLOGO

—Parece como si ni siquiera le dieras importancia al triunfo que acabas de obtener, mi amor —susurró Zina.

—Así es.

—Eres tan sorprendente a veces... Ni siquiera has mirado con gesto de triunfo a Blodd; a pesar de que él te ha mirado con un odio que me ha estremecido... En realidad, ni siquiera lo has mirado.

—No valía la pena —aseguró Warren.

Se acercó a la ventana del pequeño *bungalow* que había alquilado en la playa, para tener a Zina alejada de todo peligro... Desde allí, todavía pudo ver, alejándose, el coche en el que iban Jesse Parks y Archie Simpson, pero desapareció en pocos segundos.

No. No valía la pena mirar con odio, o con expresión de triunfo, a Ernest Blodd, que había causado un muerto tras otro... No valía la pena, en absoluto. Simplemente, él; Warren Holding, había barrido un poco de basura. ¿Por qué darle tanta importancia? El mundo es un cubo lleno de basura... Basura como Ernest Blodd y tantos otros. Y él era y seguía siendo policía, en su interior. Lo sería siempre, siempre, siempre... En el mundo hay de todo: pintores, músicos, albañiles, trapeceistas, políticos, carpinteros, mecánicos... De todo. Y también hay basura. Esa basura era la que Warren Holding había querido siempre eliminar para dejar el cubo limpio... Pero sabía que la tarea no era fácil. Seguramente, ni siquiera posible. De todos modos, él seguiría adelante, hasta que...

—¿En qué estás pensando?

Zina se colocó a su lado, abrazándose a su cintura. Delante de ellos, muy cerca, estaba el mar, el cielo, la fina arena resplandeciente al sol, el aire limpio... ¿Valía la pena hablar del cubo de la basura?

—Estaba pensando —mintió Warren— que hace un día estupendo, y que hasta mañana no tengo que ir al Departamento para dictar mi informe a... la policía. Gentileza de Archie y Jesse.

—Ha sido un buen regalo de bodas —rió Zina.

—Te has salido con la tuya —la abrazó Warren—. Y puesto que estamos casados, ya mandas tú. ¿Qué te parece que hagamos hasta mañana?

—¡Oh! Deberíamos hacer planes para un futuro mucho más lejano, ¿no crees?

—¿Por ejemplo? —La besó en una orejita.

—Pues, por ejemplo, planear el viaje de luna de miel... Le pediré el yate a mi padre. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—En cuanto a lo que podemos hacer hasta mañana, también tengo la solución.

—Estoy segurísimo de ello. ¿Qué podemos hacer, señora Holding?

—Podemos ir, ahora mismo, a nadar un poco. Luego, almorzaremos aquí, naturalmente. Después, me ayudas a limpiar los platos... Y, finalmente, como hace tanto calor, podríamos echar una siesta.

—Estupendo programa, Aceptado.

—Pero. —Zina rodeó con sus bracitos el cuello de su marido— supongo que no seguirás utilizando el sofá...

Warren Holding crispó las manos en la cintura tierna y tibia de su esposa. Allá estaban sus sueños de presidiario, convertidos en realidad. Lo había conseguido todo: se había rehabilitado plenamente, había derrotado a Blodd mucho antes de lo que había pensado, y tenía a Zina entre sus brazos... No era un sueño, del que iba a despertar angustiado, para ver las literas, los barrotes de hierro, y oír los ronquidos de los otros reclusos, y aquel sonido de hierro, de tumba, de cosa vacía y desoladora... Estaba abrazando a Zina, y notaba el latir de todo el cuerpo de ella...

—¿Has cumplido ya la mayoría de edad? —preguntó.

—¡Oh!... ¡Sabes que sí! ¡Y, además, estamos casados!

—Entonces, ciertamente, sería una estupidez dormir solo en el sofá.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICÍACAS**
ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...